

La megamáquina (*)

LEWIS MUMFORD

EL DISEÑO DE LA MEGAMÁQUINA

La máquina invisible

Al hacer justicia al inmenso poder y alcances de esas monarquías "divinas", estudiándolas como mitos y como instituciones activas, he dejado uno de sus aspectos más importantes para examinarlo con más detenimiento, ya que es su contribución más grande y duradera: el invento de la máquina arquetípica. En efecto, esta extraordinaria invención ha mostrado ser el primer modelo funcional de todas las complicadas máquinas que vinieron después, aunque el énfasis del maquinismo fue trasladándose lentamente desde los actores humanos a los mecanismos inanimados, mucho más fáciles de manejar e inspiradores de más confianza. Pero entonces la gran hazaña de la monarquía consistió en reunir todo el poder humano y disciplinar la organización que hizo posible que se realizaran trabajos en una escala jamás lograda antes. Como resultado de esta invención, hace cinco mil años que se cumplieron tareas de ingeniería que rivalizan con las máximas realizaciones logradas después en cuanto a producción masiva, estandarización y minuciosidad.

Tal máquina eludió la publicidad, manteniéndose innominada hasta nuestros días, en que aparecieron otras máquinas, mucho más poderosas y actualizadas, servidas ahora por interminable multitud de otras máquinas subordinadas. Para mejor comprensión, designaré a la primera gran máquina arquetípica con más de un nombre, de acuerdo con cada una de sus operaciones específicas.

Es que los componentes de tal máquina, aunque funcionaban como un todo rígidamente integrado, ocupando diversos y distantes espacios, por lo que resultaba entonces una "máquina invisible"; en cambio, cuando se utilizaba para realizar trabajos concretos al servicio de propósitos colectivos supremamente organizados, la denominaremos "máquina de trabajo"; y cuando se aplicaba a terribles acciones de destrucción y coerción colectiva, merece el título, usado todavía hoy, de "máquina militar". Y cuando debamos referirnos a todos sus componentes, tanto políticos y económicos, como los burocráticos y monárquicos la llamaremos "la megamáquina", es decir: la Gran Máquina.

Al equipo técnico puesto al incondicional servicio de tal megamáquina lo denominaremos "megatécnica", para diferenciarlo de esos otros modos de tecnología, mucho más modestos y diversificados, que continúan realizando, aun en nuestro propio siglo, la mayor parte del trabajo diario de la Humanidad, en incontables talleres, campos y granjas, a veces con la ayuda de pobrísima maquinaria. Hombres de facultades ordinarias y que sólo contaban con su fuerza muscular y su destreza, fueron capaces de realizar amplísima variedad de tareas, desde la alfarería hasta los tejidos, sin más dirección externa ni otra guía científica que las ya circulantes en las tradiciones comunes y en cada comunidad local. Pero lo que hizo la megamáquina fue muy diferente. Sólo los reyes, asistidos por las disciplinas de las ciencias astronómicas y respaldados por las sanciones de la religión, tenían capacidad suficiente para juntar y dirigir esa megamáquina, que era una estructura invisible, compuesta de partes humanas, vivas, pero rígidas, aplicada cada cual a su tarea específica, a su trabajo, a su función, para realizar entre todas las inmensas obras y los grandiosos designios de tan enorme organización colectiva. Al principio, ningún jefe inferior pudo organizar la megamáquina ni ponerla en funcionamiento; y aunque la afirmación absoluta del poder real continuaba actuando como sanción sobrenatural, ni la monarquía misma habría prevalecido tan ampliamente si sus propias pretensiones no hubieran sido ratificadas por los colosales logros de dicha megamáquina.

Tal invento fue la suprema hazaña de la primitiva civilización: proeza tecnológica que sirvió de modelo a todas las formas posteriores de organización mecánica. Y este modelo se transmitió, a veces con todas sus partes en buen estado de funcionamiento, y a veces en forma fraccionada o provisional, por intermedio de agentes puramente humanos y durante unos cinco mil años... hasta que se plasmó en la estructura material que corresponde más ajustadamente a sus

especificaciones y cristalizó en moldes institucionales más detallados, que abarcaron cada uno de los aspectos de la vida humana. Reconocer los orígenes de las máquinas y sus etapas subsiguientes es tener una visión completa de las fuentes de nuestra presente cultura supermecanizada y del hado y destino del hombre moderno. Y hallaremos que el mito originario del maquinismo proyectó estos extravagantes anhelos que tan abundantemente se están cumpliendo en nuestra época, así como impuso, al mismo tiempo, restricciones, abstenciones, compulsiones y servidumbres que, o directamente, o como resultado de las reacciones contrarias que provocó, todavía nos amenazan con consecuencias más lamentables que las que acarreó en la Era de las Pirámides. Y comprobaremos, finalmente, que todos los beneficios de la producción mecanizada se vieron socavados por el proceso de destrucción masiva que dicha megamáquina hizo posible.

Aunque la megamáquina comenzó a actuar aproximadamente al mismo tiempo en que se inició el uso del cobre para hacer armas y herramientas, no hay correlación entre ambos hechos, ya que la mecanización humana (que se venía practicando desde que los hombres se adhirieron a los rituales), se había anticipado en milenios a la de sus instrumentos de trabajo; pero, una vez concebida, se extendió rápidamente, no porque fuese imitada, ni como autodefensa liberadora de algo desagradable, sino porque fue impuesta a viva fuerza por los reyes, que obraron como sólo podrían obrar los dioses o sus representantes ungidos. Dondequiera que se la reunió y se la puso en funcionamiento, la megamáquina multiplicó la producción de energía y realizó trabajos en tan enorme escala, que sus logros no habrían sido antes ni concebibles. Juntamente con esta capacidad de concentración de inmensas fuerzas mecánicas, se impuso un nuevo dinamismo, que superó y desplazó, con su agresivo ímpetu y sus grandiosas realizaciones, las antiguas rutinas e insignificantes inhibiciones características de la cultura aldeana, llena de menudencias. Con las energías disponibles mediante el empleo de la máquina real, se ampliaron enormemente las dimensiones del espacio y el tiempo, pues las obras que antes ocupaban siglos enteros, se cumplían ahora en menos de una generación. Respondiendo a las órdenes del rey, se erigieron, sobre las más chatas llanuras, verdaderas montañas de piedra o de ladrillos cocidos, inmensas pirámides y zigurats; todo ello transformó de hecho el paisaje circundante y dio, con sus formas geométricas y límites estrictos, la exacta impresión de lo que era el orden cósmico y lo que podía la voluntad humana. Hasta que los relojes y los molinos de viento se extendieron por Europa Occidental (desde nuestro siglo XIV en adelante), no hubo ninguna máquina comparable a dicha megamáquina ni en complejidad ni en poderío utilizable.

¿Por qué tan enorme mecanismo resultó invisible para los arqueólogos y los historiadores? Por la sencilla razón que ya figuraba en nuestra primera definición: porque se componía únicamente de partes humanas. Y sólo conservó su necesaria estructura funcional mientras la exaltación religiosa, su propia magia encantadora y las inflexibles órdenes del rey la mantuvieron unida y fue aceptada por todos los miembros de la sociedad como monstruo que estaba por encima de todo desafío humano. Por eso, cuando la polarizadora fuerza del rey se debilitó -por su muerte, su fracaso en el campo de batalla, el escepticismo derrotista o la rebelión vengadora-, todo aquel enorme mecanismo se desmoronó. Posteriormente, sus partes, o se reagruparon en unidades mucho menores (feudales o urbanas), o desaparecieron completamente, como suele ocurrir con los ejércitos derrotados cuando se les rompen las cadenas de mando.

De hecho, estas primeras máquinas colectivas estaban tan expuestas a la quiebra y eran, últimamente, tan frágiles y vulnerables, como los conceptos mágico-teológicos que servían de respaldo a sus actividades. De aquí que quienes las mandaban sufrieran constantemente la más angustiada tensión... a menudo con justa razón, por temer la herejía o la traición de sus casi-iguales, o la rebelión y represalias de las masas oprimidas. Tal máquina nunca habría sido manejable sin la fe aplanadora que predicaban los sacerdotes y la incondicional obediencia a la voluntad real, que imponían los gobernadores, los generales, los burócratas y los capataces; y cuando estas actitudes no se sostuvieron, la megamáquina se desmoronó. Tal máquina humana presentó desde el comienzo dos aspectos: uno negativo tiránico y a menudo destructor, y el otro positivo, promovedor de vitalidad y constructivo. Pero nunca funcionaron estos segundos factores sin que, en algún grado, estuvieran presentes los primeros. Aunque es casi seguro que cierta forma de la "máquina militar" funcionó antes que la "máquina de trabajo", fue ésta la que logró incomparable perfección y asombrosas realizaciones, no sólo por

la inmensidad de las obras que hizo, sino por la calidad y complejidad de sus estructuras y su organización.

Denominar máquinas a estas entidades colectivas no es mero ni ocioso juego de palabras. Según la definición de Franz Reuleaux, una máquina es una combinación de partes resistentes, cada una de las cuales se especializa en una función y todas operan bajo el control humano, para utilizar la energía y realizar trabajos; de acuerdo con esta definición, la gran "máquina de trabajo" de que estamos hablando es, en cada uno de sus aspectos, una genuina máquina: mucho más porque sus componentes, aunque hechos de huesos, músculos y nervios humanos, se veían reducidos a sus meros elementos mecánicos y estaban rígidamente estandarizados para realizar tareas bien precisas y delimitadas. El látigo del capataz aseguraba la conformidad de todas esas partes, que ya habían sido reunidas, si no inventadas, por los reyes de Egipto a comienzos de la Era de las Pirámides, desde finales del cuarto milenio en adelante.

Precisamente porque no estaban sujetas a ninguna estructura externa fija, estas máquinas de trabajo tenían mayor capacidad de cambio y adaptación que sus réplicas metálicas de hoy, más rígidas e inaplicables a otros usos que los previstos. Cuando se construyeron las pirámides, no sólo resultó evidente la existencia de tales máquinas, sino que sus realizaciones eran la prueba imponente de su asombrosa eficiencia. Hasta donde alcanzaba la monarquía, llegaba también la "máquina invisible", en su forma constructiva o destructora, y esto no sólo en Egipto y Mesopotamia, sino igualmente en la India, China, Yucatán o Perú. Cuando la Humanidad se encontró con tales realizaciones, ya había tomado forma la megamáquina y se habían superado todas sus etapas preliminares; por eso, sólo nos queda adivinar cómo estaban ordenados sus miembros, cómo se los había entrenado en sus funciones y qué lugar se le había asignado a cada uno. En algún punto de este proceso, debió haber una mente inventora (o, más probablemente, toda una serie de mentes inventoras) que, mirando por el resquicio de la primera operación exitosa, fue capaz de captar todo el problema: el de movilizar inmensas multitudes de hombres y coordinar rigurosamente sus actividades, en todo tiempo y lugar, para lograr un fin claramente previsto, calculado y determinado.

Lo más difícil era organizar una multiforme colección de seres humanos, arrancados de sus familias, sus comunidades y sus ocupaciones habituales, y cada cual con su voluntad, o al menos su memoria de sí mismo, para convertirla en un grupo mecanizado que obedeciera órdenes y resultara manejable. El secreto del correspondiente control mecánico consistía en tener una misma mentalidad y un sólo propósito bien concreto, al frente de toda esa organización, y el subsiguiente método de transmitir las órdenes a través de toda una serie de funcionarios intermedios hasta que llegaran a la más pequeña unidad. En el momento de actuar era esencial reproducir exactamente cada mensaje-orden y cumplirlo ciegamente.

Quizá este gran problema se experimentó primero en organizaciones semimilitares, en las que pequeños grupos de cazadores, bastante acostumbrados ya a obedecer a sus jefes, recibieron la misión de controlar cuerpos mucho más numerosos de campesinos desorganizados. En todos los casos, el mecanismo así formado no operaba jamás sin la correspondiente fuerza coercitiva que respaldaba ferozmente a la voz de mando; y tanto los métodos como las estructuras han ido pasando, con levísimos cambios, a todas las organizaciones militares, como podemos comprobarlo en nuestros propios días. De hecho, fueron los ejércitos los que copiaron y transmitieron el modelo de la megamáquina a través de las épocas y las culturas.

Si algo faltaba para completar tan enorme mecanismo operativo y adaptarlo lo mismo a las tareas coercitivas que a las constructoras, todo se logró con la invención de la escritura. La facultad de trasladar la palabra hablada al registro gráfico no sólo hizo posible el transmitir a cualquier distancia los impulsos y órdenes del que mandaba, sino que también obligó a sus destinatarios a cumplir exactamente lo que se ordenaba con total precisión y constancia. Tal ajuste de los hechos y su concordancia con la palabra escrita fueron datos que se unieron definitiva e históricamente para controlar mejor grandes cantidades de personas o de cosas, por eso, no es accidental que los primeros usos de la escritura no fueran para transmitir ideas, ni religiosas ni de cualquier otra índole, sino para mantener los registros (que llevaban los sacerdotes) de los bienes oficiales conseguidos, almacenados y distribuidos: cereales, legumbres, ganados, alfarería, etc. Uno de los más antiguos escritos que conocemos, existente en el Museo Ashmoleano de Oxford, registra la captura de 120.000 prisioneros, 400.000

vacunos y 1.422.000 cabras. Tal recuento aritmético resulta, para nosotros, mucho más importante que la propia captura.

Una de las características identificadoras de la nueva megamáquina era su posible acción a distancia, mediante los correspondientes escribas y veloces mensajeros; y si los escribas formaron enseguida una profesión favorita, fue porque tal máquina no podía funcionar eficazmente sin sus constantes servicios de codificar y descifrar las órdenes reales. "Los escribas dirigen todos los trabajos que se hacen en este país": así reza una composición egipcia del Reinado Nuevo. En efecto, probablemente cumplieron una función similar a la de los "comisarios políticos" en el ejército soviético, lo que les permitía informar permanentemente a sus superiores de todo lo ocurrido, informes que son esenciales para la buena marcha de toda organización centralizada.

La máquina militar y la de trabajo tuvieron análoga estructura. Las cuadrillas de mineros y las que hacían correrías depredadoras, tanto en Egipto como en Mesopotamia, ¿eran organizaciones civiles o militares? Al principio, tales funciones eran indistinguibles o, más bien, intercambiables, su unidad fundamental era el pelotón, y actuaba a las órdenes de un cabo o capataz. Aún dentro de los dominios particulares de los grandes terratenientes del Imperio Antiguo prevaleció este modelo; según Erman, los pelotones se agruparon después en compañías, para hacer algaras o desfilar bajo sus propias banderas. Al frente de cada compañía de trabajadores iba su jefe de Compañía, cosa nunca vista entre los campesinos de las aldeas neolíticas. "El magistrado egipcio -observa Erman- sólo considera a sus gentes colectivamente, y el trabajador individual sólo existe para él en forma similar a como el soldado raso existe para los principales jefes de nuestros ejércitos". Tal fue el modelo original de la máquina arquetípica, y nunca se alteró radicalmente. Con el desarrollo de la megamáquina, la amplia división del trabajo entre funciones y oficios (a la que estamos acostumbrados en nuestros ejércitos) se aplicaba análogamente en los primeros tiempos a las tareas más especializadas del trabajo. Flinders Petrie subraya que, en la minería -trabajo en el que, tanto en Mesopotamia como en Egipto, es difícil distinguir si sus componentes eran militares o civiles-, se había establecido desde muy antiguo una minuciosa división de las tareas. "Por escritos hallados junto a las momias, sabemos -dice Petrie- cuán minuciosamente estaba subdividido el trabajo. De cada detalle era responsable un individuo distinto: uno reconocía la roca, otro la picaba y otro cargaba los productos. En cualquiera de las expediciones mineras estudiadas, se encuentran más de cincuenta calificaciones y grados diferentes de oficiales y trabajadores".

Inevitablemente, estas divisiones llegaron a ser parte de la organización social, mucho más amplia, que operaba más allá de los límites fijados a la megamáquina. Y cuando Herodoto visitó Egipto (en el siglo V antes de Cristo), la subdivisión del trabajo era tan completa y tantas eran sus especialidades -no confiadas ya a la megamáquina-, que se parecían mucho a las de nuestro tiempo, pues llegó a ver que "algunos médicos sólo lo son para los ojos, otros para la cabeza, otros para el vientre y otros para los males internos".

Pero nótese la diferencia que había entre la antigua máquina humana y sus rivales modernas, tan deshumanizadas, tanto en sus métodos como en sus fines subyacentes. Sean cuales sean los resultados de su empleo, todas las máquinas modernas están concebidas como instrumentos para ahorrarle trabajo al hombre: todas intentan realizar la mayor cantidad de trabajo con el menor gasto de energías humanas. Mas no ocurría esto en la organización de las primitivas máquinas; al contrario: eran instrumentos de usar trabajo humano y sus inventores se enorgullecían de emplear el mayor número posible de trabajadores... con tal que la tarea misma fuese suficientemente grandiosa.

El efecto total de ambos tipos de máquina era el mismo, ya que ambos estaban diseñados para realizar con eficiencia, exactitud y copiosa energía -pues lo mismo amontonaban soldados que peones- tareas que jamás habrían podido cumplir los usuarios individuales de herramientas mucho más simples. Tanto la máquina militar como la de trabajo lograron niveles de eficiencia como nunca se habían conseguido hasta entonces; pero en vez de liberar al hombre de la dura carga del trabajo bruto, aquella megamáquina real se enorgullecía de abrumarlo y esclavizarlo.

Si se hubiesen mantenido los modos puramente humanos de trabajo, que los hombres emprendían voluntariamente para cumplir sus necesidades inmediatas, probablemente habrían

sido inconcebibles las colosales obras de las antiguas civilizaciones; y hasta es posible que nunca se hubieran inventado las modernas máquinas no-humanas, movidas por energías extrañas a ellas y destinadas a economizar trabajo al hombre, pues los agentes mecánicos debieron ser primero "socializados" antes de que la máquina misma resultase completamente mecanizada. A la vez, si la máquina colectiva no hubiese sido capaz de utilizar el trabajo forzado -procedente de la esclavitud o de la conscripción periódica-, no habrían ocurrido los colosales desmanes, perversiones y destrozos que tan constantemente acompañaron a las megamáquinas.

Niveles mecánicos de estas realizaciones

Examinemos tales máquinas humanas en su forma arquetípica. Como sucede a menudo, hay cierta claridad en las primeras demostraciones, claridad que se perdió cuando la megamáquina se difundió y diversificó en los modelos más complejos que usaron las sociedades posteriores y que resultaron mezclados con las supervivencias familiares, mucho más humildes. Si la megamáquina nunca logró realizaciones más importantes que las de la Edad de las Pirámides, quizá no sólo fue por fallo de los talentos de ingeniería que diseñaban y hacían operar a dichas máquinas iniciales, sino también porque el mito que mantenía unidas a sus partes humanas, nunca pudo volver a ejercer entre las masas tan atractivo poder, por haber tenido serios fracasos a partir de la Sexta Dinastía. Hasta entonces, sus triunfos fueron indiscutibles... y aún no se hablaba de sus perversidades crónicas.

De todas las hazañas constructivas que dieron fama a la megamáquina, la pirámide sigue siendo su modelo arquetípico máximo; en su elemental forma geométrica, en la extraordinaria precisión de sus medidas, en la organización de toda su fuerza de trabajo y en la enorme masa de construcción implicada, las pirámides de la última época demuestran a la perfección las propiedades únicas de aquel nuevo complejo técnico. Para detallar las propiedades de este sistema, me referiré a una sola pirámide: la Gran Pirámide de Gizeh. Las pirámides egipcias fueron concebidas como tumbas para guardar los cuerpos embalsamados de los faraones y asegurar así su buen tránsito a la otra vida de ultratumba. Al principio, sólo el rey tenía el privilegio de asegurarse esa prolongación "divina" de su existencia terrenal. En las momias y las pirámides, el tiempo quedaba detenido, simbólicamente, para siempre. Este destino celestial que se preparaba el rey, alteraba todos los aspectos de la vida de su pueblo, que no participaba de él (como ocurre hoy con la conquista del espacio) más que para pagar impuestos abrumadores o hacer trabajos forzados. Entre las primeras pirámides de piedra -construidas en forma de escalones, como las que después hallamos en América Central- y la enorme pirámide de Keops, de la Cuarta Dinastía -que ha sido la primera y la más duradera de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo-, transcurren menos de ciento cincuenta años: cambio comparable en velocidad y progreso al desarrollo de las construcciones con estructuras de acero, peculiares de nuestra época. De ese modo, resultaron prácticamente contemporáneas, de acuerdo con la antigua escala del tiempo para invenciones, la forma más primitiva de pirámide y la final (ya que jamás se repitió.)

La rapidez de este desarrollo indica gran concentración de energía física y de imaginación técnica. Tal transformación es por demás asombrosa, ya que las tumbas de los faraones no estaban solas, sino que formaban parte de toda la ciudad de los muertos: complejas estructuras de múltiples edificios habitados por los sacerdotes, que eran quienes dirigían los elaboradísimos rituales que se consideraban necesarios para asegurar la feliz existencia futura del "divino" rey, que se iba de este mundo al otro, al de sus compañeros, los dioses. La Gran Pirámide es uno de los ejemplos más perfectos y colosales del arte y la ciencia de la ingeniería de todos los tiempos y culturas; aun sin aludir al carácter primitivo de las herramientas de que se disponía en aquel tercer milenio, ninguna construcción de nuestros días sobrepasa a dicha pirámide ni en virtuosismo técnico, ni en audacia. Sin embargo, tan grandiosa tarea fue emprendida por una cultura que acababa de salir de la Edad de la Piedra y que, durante mucho tiempo, había de seguir usando herramientas de piedra, aunque ya se disponía de cobre para los escoplos y sierras que daban forma a los enormes bloques de piedra con que se construían los nuevos monumentos. Desde luego, todas las operaciones se realizaban a mano. Además de los esclavos y los siervos, el reclutamiento nacional era parte importantísima de este sistema: llegó a ser esencial para la provisión de toda la energía necesaria. Ni siquiera los sacerdotes -nos dice Erman- estaban libres de tales trabajos forzados. Las operaciones principales eran

realizadas por profesionales especializados, asistidos por innumerables peones y trabajadores semiadestrados, reclutados trimestralmente de entre los campesinos. Toda la tarea se hacía sin más ayuda que la de dos "máquinas simples" de la mecánica clásica: el plano inclinado y la palanca, pues aún no se habían inventado ni la rueda, ni la polea, ni el tornillo. Por las representaciones gráficas sabemos que aquellas enormes piedras eran arrastradas sobre plataformas, por batallones de hombres, a través de las arenas del desierto; y nótese, por ejemplo, que la losa que cubre la cámara interior de la Gran Pirámide en que descansaba el faraón, pesa cincuenta toneladas. Cualquier arquitecto de hoy tendría que pensarlo dos veces antes de enfrentarse con tal hazaña mecánica. La Gran Pirámide es algo más que una formidable montaña de piedra de 755 pies cuadrados de base, por una altura de 481,5 pies, pues tiene una complicada estructura interior, consistente en una serie de pasajes, situados a diferentes niveles, que llevan a la cámara final del difunto; y cada una de sus partes está construida con una precisión que, según ha subrayado Breasted muy apropiadamente, corresponde más bien al arte del relojero que al de los modernos constructores de puentes o rascacielos. Esos enormes bloques de piedra están colocados uno junto a otro con juntas que miden una diezmilésima de pulgada, y las dimensiones de los lados de la base sólo difieren entre sí en 7,9 pulgadas... en una estructura que cubre varios acres. En resumen: la medida exacta, la precisión mecánica y la perfección sin fallas no son monopolio de la presente época. La organización social faraónica se nos adelantó cinco mil años en el arte de crear la primera máquina de gran potencia, máquina que llegó a tener entre 25.000 y 100.000 "fuerzas de hombre", equivalentes al menos a 2.500 "caballos de fuerza" o, mejor dicho, "fuerzas de caballo".

Era evidente que ninguna mano de hombre, ningún esfuerzo humano ni clase alguna de colaboración humana, como la que solía usarse en construir aldeas o cultivar los campos, hubiera sido capaz de reunir y alistar esta fuerza sobrehumana, ni habría logrado sus resultados casi sobrenaturales, sólo un rey "divino" podía exigir tales actos masivos de acatamiento y esfuerzo colectivo, y sólo él podría lograr transformaciones materiales en tan descomunal escala. Ahora bien, ¿era posible cumplir tales hazañas de ingeniería masiva sin la ayuda de una máquina? Decididamente, ¡NO! Sólo una complejísima máquina de gran fuerza pudo lograr estas inmensas construcciones; y este último producto de que hemos hablado -la Gran Pirámide de Gizeh-, demuestra que, además de ser una máquina enorme, había adquirido gran precisión y refinamiento. Aunque el equipo material del Egipto dinástico era todavía muy rudimentario, la paciente mano de obra y el método rígidamente disciplinado superaron todas las desventajas. Dicha megamáquina se componía de multitud de partes uniformes, especializadas e intercambiables, pero funcionalmente diferenciadas, rigurosamente adiestradas como conjunto y coordinadas en un proceso centralmente organizado y dirigido, según el cual cada parte se comportaba como un componente mecánico de aquel todo mecanizado. En unos tres siglos -posiblemente en la mitad de tiempo en Egipto-, tal máquina humana quedó perfeccionada. La clase de mente que diseñó esas pirámides, esos grandiosos templos macizos y esas ciudades amuralladas, representaba un nuevo tipo humano, capaz de efectuar la organización abstracta de complejas funciones en un diseño estructural cuya forma final determinaba cada etapa del trabajo. Para emplazar estas grandes estructuras de modo tal que cada uno de sus lados mirara exactamente a los puntos cardinales, se necesitaban no sólo correctos cálculos matemáticos, sino también minuciosas observaciones astronómicas; y esas finas medidas y cálculos exigen un riguroso nivel de profesionalismo que no ha sido superado hasta nuestros propios tiempos. Puesto que el emplazamiento de la Gran Pirámide sólo dista un cuarto de milla del río, cuando está en su máximo la inundación, hubo que asentarla sobre roca firme, lo que exigió remover innumerables metros cúbicos de arena; de hecho, el perímetro de su base sólo se desvía del verdadero nivel en poco más de media pulgada.

Las mentes que resolvieron estos problemas y realizaron tales diseños, eran, sin duda, mentes de gran jerarquía, que habían conseguido reunir en sí la privilegiada combinación del análisis teórico, el asidero práctico y la previsión imaginativa. Imhotep, que fue quien dirigió la construcción de la primera pirámide de piedra de Sakkara, era, además de ministro de Estado, arquitecto, astrónomo y médico. No había entonces especialistas rígidamente dedicados a su especialidad bien restringida, sino hombres que se movían libremente por toda el área superior de la existencia humana, como ocurrió después con las grandes figuras del Renacimiento europeo durante los siglos XV y XVI. Sus proezas y autoconfianza se nivelaban con las dificultades de cada ocasión, hasta desconfiar a veces de la propia prudencia y sobrepasar el

poderío de sus mejores máquinas, como ocurrió más tarde con el empotrado obelisco de Asuán, que pesa 1.168 toneladas y jamás se despegó de la roca sólida.

También los trabajadores que realizaban tales tareas tenían mentes de nuevo tipo: ya estaban condicionadas mecánicamente, ejecutaban cada trabajo con la más estricta obediencia a las instrucciones recibidas, eran infinitamente pacientes y se limitaban a responder "¡sí!" a la voz de mando. Es que el trabajo de máquina sólo puede ser hecho por máquinas, y estos trabajadores, durante su período de servicio, se despojaban de sus reflejos (por decirlo así), para asegurar la más perfecta realización mecánica. Sus dirigentes sabían leer las órdenes escritas, y muchos de estos empleados reconocerían varios de aquellos signos, pues hasta llegaron a dejar pintados sus nombres con rojo-ocre (según nos lo cuenta Edwards) en los bloques de la pirámide de Meidón: "La cuadrilla del lanchón, gente vigorosa y buenos artesanos". Tras su diario practicar la misma rutina mecánica, se habrían sentido muy cómodos en una de las líneas de montaje que se usan en nuestros días. Sólo les faltarían en las paredes los retratos desnudos de las artistas de moda.

Tanto en la organización, como en los modos de trabajo, ritmo de producción y productos obtenidos, no hay duda que las máquinas que construyeron esas pirámides, esos enormes templos y las demás grandes obras de "civilización" en otras áreas y culturas, eran verdaderas máquinas. En sus operaciones básicas, realizaban colectivamente el equivalente de todo un cuerpo de palas mecánicas, topadoras, taladros neumáticos, sierras sin fin, volquetes, etc., con una exactitud en las medidas, unos refinamientos de destreza y una producción total, que aun hoy serían motivo de orgullo para nuestros operarios contemporáneos. Y estas características no eran monopolio exclusivo de Egipto: "Los excavadores alemanes de las ruinas de Ur calculan que cada uno de los complejos de los templos protoliteratos debe haber ocupado a unos 1.500 hombres que trabajaran diez horas por día durante cinco años".

Esta extensión de la magnitud en todas direcciones, este brotar y elevarse los esfuerzos humanos, esta subordinación de las aptitudes individuales y de los intereses particulares a la tarea mecánica que se tiene entre manos, y esta unificación de tantas multitudes de subordinados a un solo fin, derivado de una sola fuente -el poder "divino", ejercido por el rey- era cosa nunca vista, y aun hoy es admirable. El rey o, más bien, la monarquía, era el primer motor; y a su vez, los éxitos deslumbradores que se consiguieron en tales empresas confirmaron y revalidaron ese poder.

Tal orden estricto y abarcador de todo comenzaba desde lo alto: desde la conciencia de los movimientos predecibles del Sol, la Luna y los planetas o, si Zelia Nuttall tiene razón, desde la posición, aun más firme y predecible, de la estrella Polar. Tanto en los ceremoniales del templo como en el comienzo de aquellas gigantescas obras colectivas, el rey daba la primera orden, exigía conformidad absoluta y castigaba hasta la más trivial desobediencia. Sólo el rey tenía la facultad divina de convertir a los hombres en objetos mecánicos y de reunir estos objetos en una máquina. Las órdenes, que eran transmitidas desde los Cielos a través del rey, pasaban a cada una de las partes de la máquina y creaban a su vez otras unidades mecánicas subsidiarias en otras instituciones y actividades; tales órdenes comenzaron a mostrar la misma regularidad que caracteriza a los movimientos de los cuerpos celestes.

Ni los viejos mitos de la vegetación ni el dios de la fertilidad pudieron establecer este orden abstracto, ni desviar tanta energía de su inmediato destino al servicio de la vida. Y nótese que sólo la minoría que estaba estrechamente unida a la megamáquina podía participar plenamente de tal poder; en cambio, si alguno intentaba oponerse, era como si se opusiera al curso de las estrellas: ya estaba al borde de la muerte. A pesar de sus repetidas contrariedades y fracasos, tales fantasías cósmicas se han mantenido intactas hasta hoy; y en nuestros días reaparecen disfrazadas de "armas absolutas" y de "soberanía absoluta", inocentes alucinaciones de la Era Nuclear.

El monopolio del poder

Para comprender la estructura o las realizaciones de la megamáquina humana, hay que hacer algo más que mirar los puntos en que materializó sus operaciones, pues ni siquiera nuestra actual tecnología, con su vasta red de máquinas visibles, puede ser entendida en esos términos.

Dos artificios eran esenciales para conseguir que la máquina funcionara: la organización segura del conocimiento, tanto del natural como del sobrenatural, y una estructura bien elaborada para dar órdenes, transmitirlos y seguirlas hasta su total ejecución. El primero de esos artificios se había logrado con el clero pues sin la activa colaboración de los sacerdotes, la monarquía ni habría llegado a existir; el segundo se realizó en la burocracia. Ésta y el clero eran organizaciones verticales y jerárquicas, en cuya cúspide brillaban el rey y el sumo pontífice; y sin la armoniosa combinación de sus efectos no habría podido operar eficazmente aquel poder tan complejo. Tal condición sigue siendo válida en nuestros días, por más que las computadoras que se regulan por sí mismas y las grandes fábricas automáticas estén encubriendo tanto sus componentes humanos como las ideologías religiosas que laten bajo la actual automatización.

Lo que ahora llamamos ciencia, fue parte integral de la megamáquina desde sus comienzos. Tal conocimiento ordenado, que se basaba en las regularidades cósmicas, floreció (como hemos visto) con el culto del Sol. Estudiar los astros y hacer el calendario fueron actividades científicas que coincidieron con la institución de la monarquía y la propiciaron, aunque no pequeña parte de los esfuerzos de los sacerdotes, magos, adivinos y demás científicos de entonces se dedicara también a interpretar el significado de hechos singulares, como la aparición de cometas, los eclipses de la Luna y el Sol u otros fenómenos naturales erráticos, como el vuelo de las aves o el estado de las entrañas de los animales sacrificados.

Ningún rey podría moverse con seguridad ni eficiencia sin el apoyo de tal "conocimiento superior", como tampoco el Pentágono puede actuar hoy sin consultar a sus científicos especializados, a sus técnicos, a sus computadoras y a sus expertos en peleas: nueva jerarquía a la que se supone menos falible que aquellos adivinos que actuaban mediante varitas mágicas o entrañas de animales, pero que, a juzgar por sus tremendos errores, no es mucho más vidente.

Para ser efectivo, tal conocimiento debía ser secreto; y así lo era: era el monopolio secreto de los sacerdotes. Si cualquier interesado hubiese tenido igual acceso a las fuentes de esos conocimientos y al correspondiente sistema de interpretación, nadie habría creído en su infalibilidad, ya que ese intruso no podría ocultar sus errores. De aquí que la violenta protesta de Ipu-wer contra los revolucionarios egipcios que derribaron el Reinado Antiguo, se basara en el hecho de que "se habían descubierto los secretos del templo", es decir: que habían hecho pública una "información codificada". Los conocimientos secretos son la clave de todo sistema de control totalitario. Hasta que se inventó la imprenta, la palabra escrita se mantuvo, durante siglos, como el monopolio de una sola clase social; y hoy, el lenguaje de la matemática superior, más las misteriosas claves de las computadoras, están restaurando el secreto y el monopolio de tal saber... con las consiguientes consecuencias totalitarias.

La posterior asociación de la monarquía con el culto del Sol no se debió al hecho de que el rey, como el Sol, ejercían su fuerza a gran distancia. Por primera vez en la historia, el poder llegó a hacerse efectivo fuera del alcance inmediato de la voz amenazadora o del brazo armado, pues ningún arma militar había logrado propagar tal poder. Para ello se había necesitado crear un engranaje especial de transmisión: un ejército de escribas, mensajeros, mayordomos, superintendentes, capataces y ejecutivos mayores y menores, cuya propia existencia dependía de su fidelidad y rapidez en llevar las órdenes del rey o, más inmediatamente, las de sus ministros y generales, hasta donde fuere necesario. En otras palabras, que era parte esencial de la megamáquina esa burocracia rígidamente organizada, ese grupo de hombres capaces de transmitir y ejecutar una orden con la minuciosidad ritualista de un sacerdote y la irracional obediencia de un soldado.

Imaginarse que la burocracia es una institución relativamente reciente equivale a ignorar los anales de la historia antigua. Los primeros documentos que atestiguan la existencia de la burocracia pertenecen a la Era de las Pirámides. En un cenotafio de Abidos, un oficial de carrera, que ejercía durante el reinado de Pepi I, de la Sexta Dinastía (allá por el año 2375 antes de Cristo) dictó la siguiente inscripción: "Su Majestad me ha enviado al frente de su ejército, como se han mantenido a la cabeza de sus respectivas gentes del Alto y del Bajo Egipto o de las aldeas y ciudades que deben regir, los condes, los que usan el sello real en el Egipto Inferior, sus exclusivos compañeros del Palacio, los gobernadores y mayores del Alto y

el Bajo Egipto, los jefes intérpretes y sus compañeros, los principales profetas del Alto y el Bajo Egipto y todos los burócratas principales."

Este texto no sólo nos revela una burocracia, sino que evidencia -como lo apuntó Petrie anteriormente- que la división del trabajo y la especialización de funciones eran indispensables, y que ya estaban actuando en pro de la mayor eficiencia mecánica operativa.

Tal desarrollo burocrático había comenzado al menos tres dinastías antes, y no por accidente, al construirse la gran pirámide de piedra de Zoser, en Sakkara. John Wilson subrayó, en su *City Invincible*, que "hay que acreditar a Zoser no sólo los comienzos de la arquitectura monumental de piedra, que se comenzó en Egipto, sino también la iniciación de un nuevo monstruo: la burocracia". Ambas cosas no fueron mera coincidencia, sino natural concordancia. W. F. Albright, comentando esto, señalaba que "el gran número de títulos que ya se ven en los textos de la Primera Dinastía... suponen sin duda una oficialización bien elaborada y minuciosa".

Una vez que se estableció la estructura jerárquica de la megamáquina, ya no hubo limitación teórica alguna del número de manos que podía controlar ni del poder que podía ejercer, pues la remoción de las dimensiones humanas y de los límites orgánicos naturales constituye el principal orgullo de tan autoritaria máquina. Parte de su productividad se debe a su uso de la coerción física irrestricta para superar la pereza humana o la fatiga corporal. La especialización laboral era un paso necesario para el buen montaje y funcionamiento de la megamáquina, pues sólo se podría lograr la ansiada precisión sobrehumana y obligatoria perfección de los productos mediante la intensa concentración de destrezas en cada una de las partes del proceso total. En este momento comenzó la división en gran escala y la subdivisión del trabajo con que nos encontramos en la sociedad moderna.

La máxima romana de que la Ley no se aplica a cuestiones triviales, es válida igualmente para la megamáquina. Las enormes fuerzas puestas en movimiento por el rey exigían empresas colectivas de tamaño descomunal, como grandes traslados de tierra y piedras para cambiar el curso de los ríos, excavar canales o erigir murallas. Como ocurre con la tecnología moderna, la megamáquina tendía cada vez más a dictar los fines a que debía aplicarse, excluyendo otras necesidades más humanas, pero de menor importancia para la monarquía. La megamáquina era, por naturaleza, grandiosa e impersonal y deliberadamente deshumanizada; tenía que operar en gran escala, o no hacer nada, pues ninguna burocracia, por eficiente que sea, podría gobernar directamente millares de pequeños talleres y granjas, cada cual con sus tradiciones peculiares, sus especiales habilidades laborales, su propio orgullo y su particular sentido de responsabilidad. Por eso, la rígida forma de control que manifestó en aquella gran máquina colectiva, ha continuado adscripta hasta nuestros días a las grandes empresas masivas y a operaciones en gran escala. Este defecto original limitó la extensión de la megatécnica hasta que se inventaron los sustitutos mecánicos de los operadores humanos.

La importancia del enlace burocrático entre la fuente de poder -el rey "divino"- y las reales máquinas humanas que realizaban los trabajos de construcción o destrucción, fue auténticamente enorme: mucho más por ser la burocracia quien recogía los impuestos anuales que sostenían aquella pirámide social, y reunía, por la coerción, las innumerables fuerzas humanas que componían aquel organismo mecánico. La burocracia era, de hecho, la "máquina invisible", a la que podríamos llamar también "máquina de comunicaciones", y que coexistía con la "máquina militar" y la "máquina de trabajo", para formar, entre las tres, la gran estructura totalitaria monárquica.

Otra importante calificación de la burocracia clásica es que ella no origina nada; su función es transmitir, sin alteración ni desviación, las órdenes que recibe de arriba, del cuartel general central; y no puede admitir ninguna información meramente local ni ninguna consideración humana que altere su inflexible proceso de transmisión. Sólo la corrupción o la rebelión decidida pueden modificar su rígida organización. Tal método administrativo requiere idealmente una cuidadosa represión de todas las funciones autónomas de la personalidad, así como exige notables aptitudes para realizar sus tareas específicas con exactitud ritual. Ya hemos visto que no era la primera vez que el orden ritual entraba en el proceso de trabajo, y no es probable que tal sumisión invariable a tan monótonas repeticiones se hubiera podido lograr con aquella reconocida fidelidad si no hubiera sido precedida por las disciplinas

milenarias de los rituales religiosos.

De hecho, esa regimentación burocrática fue parte de una regimentación mucho más amplia de todo aquel vivir, que había sido introducida por tal cultura, centrada y afirmada en la fuerza. Nada emerge más claramente de los propios textos de las Pirámides, con su aburridora repetición de fórmulas, que su colosal capacidad para soportar tanta monotonía: capacidad que anticipa el súmmum del aburrimiento universal que hemos alcanzado en nuestros propios tiempos. Esta compulsión verbal es el lado psíquico de la compulsión sistemática general que dio existencia a la "máquina de trabajo"; sólo quienes eran suficientemente dóciles para soportar este régimen -o suficientemente infantiles para divertirse con él- en cada una de las etapas que van desde la orden hasta la ejecución, podían convertirse en unidades eficientes de tales máquinas humanas.

La magnificación de la personalidad

Son fácilmente reconocibles las marcas de este orden mecánico copiado del cósmico. Para comenzar (como señalamos antes), hubo un cambio de escala, pues el hábito de "pensar a lo grande" se introdujo con la primera máquina humana, ya que una escala sobrehumana que desbordaba las estructuras individuales, magnificó la autoridad del soberano. Tendiendo al propio tiempo a reducir el tamaño e importancia de los componentes humanos de tal máquina, excepto en su función de prestar energía y polarizar el elemento central: el rey.

Paradójicamente, el monopolio del poder trajo consigo el monopolio de la personalidad, pues sólo el rey disfrutaba todos los atributos de la personalidad, tanto los ya incorporados al grupo comunal como los que, precisamente en este período, parecen haber comenzado a emerger lentamente del alma humana, la que ya estaba picoteando el cascarón social en el que hasta entonces había transcurrido su existencia embrionaria.

En esta primera época, se desarrollan conjuntamente la personalidad y el poder, ambos centrados en el rey. Es que sólo el soberano podía tomar decisiones, alterar las antiguas costumbres locales, crear estructuras y realizar hazañas colectivas como nunca se habían imaginado y, mucho menos, cumplido; en resumen, él podía comportarse como persona responsable y capaz de elección racional, al margen de las costumbres tribales, pues sólo él podía permitirse el lujo de ser disconforme cuando la situación así lo exigiese, y de introducir por edicto y ley las necesarias desviaciones del modelo ancestral. Como ocurrió con el monopolio original del rey -el de la inmortalidad-, algunas de estas prerrogativas pasaron, bajo presión, a toda la comunidad. Pero lo que hay que notar es la magnificación, pues se sobrepasaron todas las viejas dimensiones, así como se habían desbordado los límites físicos del horizonte aldeano y de todo pequeño grupo social. Ahora la frontera estaba en el Cielo, y la ciudad ya era un universo en sí misma, mucho más cerca del Cielo en cada dimensión.

En la práctica, y aun más en la fantasía, tales magnificaciones se aplicaban al tiempo y el espacio. Kramer nota que, en las primeras dinastías se atribuyen reinados de increíble longitud a reyes legendarios: casi 250.000 años para los ocho reyes que preceden al Diluvio, y un total de 25.000 años para las dos primeras dinastías subsiguientes al Diluvio. Eran estos los períodos que los sacerdotes egipcios asignaban aún a su historia antigua cuando Herodoto y Platón visitaron aquel país. Hasta para la más exuberante fantasía tales números estaban hinchados. Este nuevo rasgo cultural alcanza su clímax en los cálculos abstractos de los mayas, según nos dice Thompson: "En una estela que hay en la ciudad de Quirigua, figura un cómputo 'exacto' de años que llega a los noventa millones; y otra estela de la misma localidad se fija una antigüedad de 400 millones de años".

Y esta multiplicación de años sólo era el lado secular de una expansión, mucho más general, del poder, simbolizada en la pretensión regia de la inmortalidad. Al principio, en Egipto, tal atributo era exclusivo del rey; en cambio, en Sumeria, donde toda la Corte moría simultáneamente dentro de la tumba regia de Ur, probablemente para acompañar a su señor hasta el otro mundo, quizá los ministros, y aun los sirvientes del rey, tendrían el derecho de compartir los anhelos regios de inmortalidad.

En el mito sumerio del Diluvio, el rey Ziusudra (contrapartida de Noé) es recordado por los dioses An y Énllil, no mediante un arco iris simbólico, sino por haber conseguido "vida eterna,

como un dios". El deseo de vida ilimitada formaba parte de aquella general anulación de límites que había propiciado la megamáquina desde que se vio con tan enorme cantidad de poder; entonces se enfrentó y desafió a la debilidad humana, sobre todo a la que consiste en la mortalidad.

Pero si la inevitabilidad biológica de la muerte y la subsiguiente desintegración se burlan de esa infantil fantasía del poder absoluto que la máquina humana quería lograr, la vida misma se burla mucho más de tan absurdos anhelos, pues esa noción de "vida eterna", en la que no hay ni concepción, ni crecimiento, ni fructificación, ni decadencia -una existencia tan fija, tan esterilizada, tan sin amor ni propósitos, tan inamovible como la de una momia regia-, equivale a la muerte en otra forma. ¿Qué es eso sino retornar al estado de detención y estancamiento que se ve en los elementos químicos estables que aún no se han combinado en moléculas suficientemente complejas como para promover la renovación y la creatividad? Desde el punto de vista de la vida humana, como de toda existencia orgánica, esta afirmación de poder absoluto era una confesión de inmadurez psicológica... una falla radical para comprender el proceso natural de nacimiento, crecimiento, maduración y muerte.

El culto de los viejos dioses de la fertilidad nunca eludió enfrentarse con la muerte, nunca se le ocurrieron esas burlas monumentales de piedra, sino que prometía el renacimiento y la renovación siguiendo el orden rítmico de la vida. En cambio, lo que la monarquía prometía ahora era la grandilocuente eternidad de la muerte. Si los dioses de la fuerza no hubiesen triunfado, si la monarquía no hubiese hallado ese modo negativo de aumentar el alcance de la megamáquina humana y afirmar así la pretensión regia de obediencia absoluta, el curso ulterior de la civilización habría sido muy diferente.

Juntamente con el deseo de vida eterna, intentado mediante acciones mágicas y materiales, los reyes y sus dioses alimentaban otras ambiciones que flotaron sobre los siglos para venir a formar parte de la vulgar mitología de nuestros tiempos. Según la fábula sumeria, Etana monta en un águila para ir en busca de una hierba que cure a sus ovejas de la esterilidad que padecen. Ya en tan temprana época había nacido -o nació mucho antes y se registró entonces- el anhelo humano de volar... aunque tal sueño parecía aún tan presuntuoso, que Etana, como Dédalo después, fue lanzada a la muerte cuando ya estaba cerca de su meta.

Sin embargo, enseguida aparecen los reyes custodiados por toros alados, y hasta decían tener a sus órdenes mensajeros celestiales que superaban al espacio y al tiempo para llevar los mandatos regios a sus súbditos terrenales. Los futuros cohetes y los equipos de televisión estaban así germinando, secretamente, en lo íntimo de este mito regio de la megamáquina, y los "genios" de Las Mil y Una Noches sólo fueron continuaciones populares, muy posteriores, de estas antiquísimas formas del poder mágico.

Tal ansia de poder, que fue la característica de las religiones orientales hacia el Cielo, se convirtió, con el tiempo, en fin en sí misma. En el lapso de la primera "civilización" (desde el año 3000 al 600 antes de Crist), el impulso formativo para ejercer control absoluto sobre la Naturaleza y sobre el hombre, osciló entre los dioses y los reyes. Josué mandó al Sol que se detuviera para tener tiempo de destruir las murallas de Jericó con su poderosa música marcial; y Jehová mismo se anticipó a la Era Nuclear destruyendo a Sodoma y Gomorra con una ráfaga de fuego y azufre... como más tarde recurrió a la guerra bacteriológica para desmoralizar a los egipcios y ayudar a los judíos a escapar de ellos.

En resumen: ninguna de las fantasías destructoras que se han posesionado de los líderes de nuestros tiempos, desde Kemal Atatürk a Stalin y desde los Khans del Kremlin a los Khans del Pentágono, fueron extrañas a las mentes de aquellos fundadores "divinos" de la primera civilización maquinista, pues con cada crecimiento del poder, brotaban de sus subconsciencias los impulsos más sádicos y extravagantes. Tal es el trauma que ha distorsionado el subsiguiente desarrollo de todas las sociedades "civilizadas", y esos son los hechos que han manchado la historia de la Humanidad con estallidos de paranoia colectiva y alucinaciones tribales de grandeza, mezclado todo ello con suspicacias malévolas, odios criminales y atroces actos inhumanos.

Paradójicamente, a pesar de la promesa de una vida ulterior sin fin, la otra gran prerrogativa de esta técnica real es la velocidad, pues todos los proyectos del rey deben ejecutarse dentro

de su vida terrenal. Tal prisa por terminar cualquier empresa, es una función del poder efectivo y se convierte a su vez en uno de los principales medios de ostentación del poderío real. Esta parte de la mitología del maquinismo ha llegado a profundizar tanto en las suposiciones básicas de nuestra tecnología, que la mayoría de nosotros ha perdido de vista su punto de origen: que las órdenes regias (como las más urgentes de los ejércitos modernos) hay que hacerlas por duplicado. Aquí están los comienzos de las actuales oscilaciones intercontinentales, siempre en avión de chorro, que usan nuestros hombres de negocios y nuestros Gobiernos, cómicamente expuestas como símbolo de la locomoción supersónica.

Nada ilustra mejor esta aceleración del paso que el hecho de que en Egipto, como después en Persia, cada nuevo monarca de aquella Era de las Pirámides se hace construir una nueva capital, para usarla sólo durante su propia vida terrenal. Compárese esto con los siglos que se solían emplear en construir las catedrales medievales cuando las ciudades libres que las erigían carecían de esos recursos regios para reunir fuerzas humanas. Por el lado práctico, la construcción de rutas y canales, que era el principal medio de acelerar los transportes, ha sido, a través de toda la historia, la forma favorita de las obras públicas de los reyes, forma que alcanzó una breve cúspide tecnológica en la Edad del Hierro, cuando los romanos planearon, durante el reinado de Nerón, abrir el canal de Corinto a través de 98 pies de lodo y roca: obra que, si entonces se hubiera logrado, habría dejado chicas a todas las construcciones contemporáneas de acueductos y carreteras.

Sólo una economía de abundancia, en aquella época en que probablemente el valle del Nilo no albergaba más que cuatro o cinco millones de personas, pudo proporcionar el enorme drenaje de labor de unos cien mil hombres por año, a la vez que proveía de los correspondientes alimentos a quienes realizaban tan colosales obras y al resto de la población, pues tal uso del poder humano era el más estéril imaginable para el bienestar de la comunidad. Aunque muchos egiptólogos no quieren avenirse a aceptar las consiguientes implicaciones, no es mera metáfora inepta la sospecha de John Maynard Keynes de que la construcción de pirámides fue un recurso necesario para gastar el exceso de fuerza laboriosa en la que era una sociedad afluyente, y cuyos dirigentes se oponían a la justicia social y la nivelación económica. Por tanto, todo ello era un ejemplo de productividad simulada... como lo es nuestro moderno equivalente de construcción de cohetes interplanetarios.

Las tareas de consumo

La más duradera contribución económica de esta primera mitología del maquinismo fue la separación entre los que trabajaban y los que vivían en plena vagancia, parásitos de aquel superávit de trabajo y reduciendo a la mayor penuria el nivel de vida de quienes realmente se esforzaban en producir. La pobreza forzada hizo posible el trabajo forzado: ambos fenómenos fueron simultáneos y concomitantes en aquella sociedad agrícola, que se basaba en el monopolio regio de la tierra y en el rígido control de su usufructo. Según las escrituras acacias y babilónicas, los dioses habían creado a los hombres para librarse ellos de la dura necesidad de trabajar. En ésta, como en muchas otras ocasiones análogas, los dioses prefiguran en la fantasía lo que los reyes hacen en la realidad.

En épocas de paz, los reyes y los nobles vivían sólo para sus placeres: comer, beber, cazar, jugar y copular. . . todo ello con el mayor exceso y ostentación. Por eso, en el propio periodo en que estaba tomando forma el mito de la megamáquina, ya resultaron visibles los problemas de la economía de abundancia, reflejándose en el comportamiento fantástico de las clases dirigentes... y anticipándonos el proceso de descomposición espiritual que es tan manifiesto en nuestros tiempos.

Si examinamos con atención las aberraciones de las clases dirigentes a través de la historia, veremos cuán lejos estuvieron los líderes de comprender las limitaciones del mero poder físico y de unas vidas que se centraban en ir consumiéndose sin hacer esfuerzo alguno: la reducida vida del parásito que vive a costa de un huésped tolerante. Desde sus propios comienzos, el hastío de la saciedad persiguió a esta economía de sobrantes de poder y de bienes, arrastrando a sus aprovechados usufructuarios a las más insensatas concupiscencias personales y a los más atroces actos de destrucción y delincuencia colectiva, pues todo ello eran los medios de establecer y mantener la posición privilegiada de la minoría gobernante, cuyas ambiciones no conocían límites y cuyos delitos se convertían en virtudes nietzscheanas.

Se nos viene a la mano un antiquísimo ejemplo de los irritantes problemas de tal economía de afluencia: Cierta historia egipcia revela (según la traducción de Flinders Petrie) la vaciedad de la vida de un faraón, cuyos deseos se satisfacían con la más completa facilidad, por lo que el tiempo pesaba abrumadoramente sobre sus manos vacías. Desesperado ante tal situación, llamó a sus consejeros para que le propusieran algún alivio a tan tremendo aburrimiento; y a uno de ellos se le ocurrió la sugerencia de que equipara bien y llenara un barco de hermosas muchachas, apenas cubiertas por velos semitransparentes, y que se hiciera una expedición río arriba y río abajo, en la que todos fueran cantando canciones para el rey. Así, por el momento, cesó aquel horrible tedio del faraón... a la vez que (como indica Petrie) se había inventado la "revista musical": solaz de los "cansados hombres de negocio" y de los soldados con licencia. Pero, con frecuencia, estos modos pasajeros de alivio resultaron insuficientes, como lo revelan, entre los escasos documentos literarios desenterrados, dos diálogos sobre el suicidio, uno egipcio y otro mesopotámico. En ambos casos, habla un miembro de las clases privilegiadas, ahíto de toda clase de lujos y sensualidades, y dice que tal vida le resulta intolerable y que sus fáciles sueños quedan desabridos ante la realidad. El debate egipcio entre un hombre y su alma data del período que sigue a la desintegración en que terminó la Era de las Pirámides, y refleja la desesperación de una persona de las clases privilegiadas que ha perdido su fe en la exaltación ritualista de la muerte como la culminación última de la vida, que era lo que racionalizaba las irracionalidades de la "alta" sociedad egipcia. Y aun es más significativo el diálogo mesopotámico entre un señor muy rico y su esclavo (fechado en el primer milenio antes de Cristo), pues el señor halla que la acumulación de riquezas, poder y placeres no produce la esperada vida plena de significado y validez. Otra narración (del siglo VII antes de Cristo), titulada Diálogo acerca de las miserias humanas, desarrolla el tema de que la amargura que produce el poder, no es aliviada ni por el amor, y que la riqueza muestra su vaciedad al condenarnos a gozar sólo los bienes que pueden comprarse con dinero. Por la profundidad de su pesimismo, ha sido llamado "el Eclesiastés de Babilonia".

Si esto era lo que podían esperar los privilegiados en compensación de tan inconmensurables esfuerzos y sacrificios de la colectividad, es obvio que el culto de la fuerza y del poderío se basaba, desde sus comienzos, en meras falacias, pues en fin de cuentas, el producto final se mostraba tan derrotista para las clases dominantes, como ese mecanismo todo lo fue siempre para los desheredados: los trabajadores socialmente aislados y los esclavos.

Desde las primeras etapas de este desarrollo, bajo el mito de la monarquía "divina", los desmoralizados acompañantes del poder ilimitado se revelaron como tales tanto en la leyenda como en la historia registrada; pero tales defectos fueron encubiertos durante mucho tiempo por las exorbitantes esperanzas que despertaba la "máquina invisible". Aunque había una multitud de invenciones independientes que, durante mucho tiempo quedaron fuera del alcance de la megamáquina colectiva, que sólo podía proporcionar sustitutos parciales y engorrosos de lo auténticamente progresista, durante la primera época de la megamáquina se plantó y alimentó abundantemente en el rico suelo de la fantasía el fundamental ánimo que respaldaba tales invenciones: el esfuerzo por conquistar el tiempo y el espacio, la velocidad en las comunicaciones y transportes, la expansión de la energía humana mediante el uso de las fuerzas cósmicas, el acrecentamiento de la producción industrial, el consumo sobreestimulado y el establecer un sistema de absoluto control centralizado sobre la Naturaleza y sobre el hombre.

Algunas de estas semillas brotaron enseguida en bullicioso crecimiento; otras, han requerido cinco mil años para iniciar su germinación. Cuando esto sucediera, el rey "divino" aparecería bajo nuevo aspecto; pero le acompañarían las mismas ambiciones infantiles, infladas hasta más allá de cualquier dimensión previa, y sólo diferentes porque eran, al final, realizables.

La época de los constructores

Ahora bien, ninguna institución puede medrar basándose sólo en sus propios desengaños e ilusiones. Aun admitiendo sus muchas imposiciones y flagrantes agravios, todavía hay que considerar a la megamáquina como una de las máximas invenciones mecánicas; y hasta es dudoso afirmar que las máquinas no-humanas habrían llegado a su perfección actual si las primeras lecciones elementales de construcción de máquinas no se hubiesen practicado primero con aquellas maleables unidades humanas.

No sólo fue la megamáquina el modelo para las máquinas posteriores y más complejas, sino que también sirvió para poner orden, continuidad y predictabilidad en el desbarajuste de la vida diaria después que la provisión de alimentos y el sistema de canales habían sobrepasado los límites de las pequeñas aldeas neolíticas. Es más: la megamáquina desafió las caprichosas uniformidades de las costumbres tribales, introduciendo un método más racional, posiblemente universal, que colaboró en su gran eficiencia.

Es cierto que, comparado con el de la aldea, cuyas interiores compulsiones y conformidades eran de carácter mucho más humano, el modo de vida que la "civilización" imponía no tenía sentido para mucha gente, que lo hallaba restringido, inhibitorio y a menudo opresivamente especializado; pero es que la estructura producida por la megamáquina tenía significación muchísimo más grande, pues había dado a las pequeñas unidades un destino cósmico que trascendía la mera existencia biológica y la clásica continuidad social. En las nuevas ciudades, todas las partes humanas desmembradas se encontraban reunidas, aparentemente, en una unidad superior.

Como ya hemos visto cuando hicimos un examen completo de la megamáquina, los muchos factores negativos que la acompañaron desde el principio, se hicieron cada vez más formidables, en vez de disminuir con los éxitos que ella logró; pero antes de dictaminar acerca de esos rasgos negativos, hay que tener en cuenta tanto sus éxitos prácticos como la evidente popularidad de tal institución a través de las diferentes épocas y culturas.

Al principio, las propiedades de la monarquía "divina" deben haber deslumbrado a todas las gentes. Es que ya estaban en la "Era de los constructores", y las nuevas ciudades que tan rápidamente surgían, estaban diseñadas deliberadamente como un simulacro del Cielo. Nunca hubo antes tanta energía disponible para magníficas y permanentes obras públicas. Sobre inmensas plataformas levantadas por los hombres, pronto se elevaron ciudades con edificios de hasta cuarenta pies de altura, con grandes murallas de veinte y aun cincuenta pies de espesor, suficientemente anchas en su parte superior como para que pudiesen circular por ellas dos filas de carros militares; se construyeron asimismo cuarteles en los que podían alojarse a la vez cinco mil hombres armados, quienes comían y bebían de los enormes depósitos anexos; y son bien conocidos los templos, como el de Sumeria, de ochenta pies de altura, cuyo recinto sagrado estaba rodeado por su propia muralla interna, y que tenían una capacidad como para que la mayoría de la población pudiera estar en el tabernáculo presenciando las correspondientes ceremonias sagradas. Predominaron en las nuevas ciudades de Mesopotamia estos grandes edificios, cuyas superficies de ladrillo cocido estaban revestidas con vidrios de colores, y aun con láminas de oro, incrustadas a veces con piedras semipreciosas. También las embellecían, a intervalos, monumentales esculturas de leones o de toros. Análogas construcciones, de diferentes formas y materiales, aparecieron por doquier. Tales edificaciones enardecían, naturalmente, el orgullo de la comunidad que las había levantado y, subsidiariamente, hasta el más insignificante de los peones que participaba del nuevo ceremonial de aquellos grandes centros y ciudades, se sentía autor parcial de tales hazañas de poderío y de las maravillas artísticas que testimoniaban diariamente una vida que estaba más allá del alcance de los humildes campesinos o pastores de las localidades distantes. Aun para los más alejados aldeanos, estas monumentales estructuras servían como imanes que, periódicamente, sobre todo en los días festivos, atraían a las multitudes desde los campos hacia las grandes capitales: primero hacia Abidos o Nipur, más tarde hacia Jerusalén o La Meca, después hacia Roma o Moscú.

Estas grandes actividades constructivas servían de base para una clase de vida más intensa y más consciente, en la que el ritual se convertía en drama, la conformidad enfrentaba nuevas prácticas y nuevos recursos que llegaban de las diversas partes del gran valle, y había diario aguzamiento de las mentes individuales mediante el constante intercambio con otras mentes superiores; era, en resumen, la nueva vida ciudadana, en la que se magnificaba e intensificaba cada uno de los aspectos de la existencia. Tal vida urbana trascendía la de las aldeas en todas sus dimensiones, importando materias primas desde mayores distancias, introduciendo rápidamente las nuevas técnicas y mezclando los diferentes tipos raciales y nacionales. En mi libro, *La Ciudad en la Historia*, ya he pagado el debido tributo a estas expresiones colectivas de orden y belleza.

Aunque las aldeas y las pequeñas ciudades repartidas por los campos dieron los modelos originales para el establecimiento de los centros humanos, la construcción y elevación cultural de las grandes ciudades fue, ampliamente, labor de la megamáquina. La rapidez de su erección y la implicación de todas sus dimensiones -particularmente de su núcleo central: el templo, el palacio real y el granero comunal- dan testimonio de la supervisión regia. Las murallas y demás fortificaciones, los caminos que las recorrían, los canales y los edificios en general de la ciudad, han seguido siendo en épocas posteriores lo que fueron en la "Era de los constructores": actos supremos del poder soberano que, al principio, fue una persona viva, y después, una abstracción constitucional.

A través de la historia, esta imagen original de la ciudad puso de manifiesto el esfuerzo y devoción de los humanos. La gran misión de la monarquía había sido superar el particularismo y el aislamiento de las pequeñas comunidades, para borrar las diferencias, a menudo muy significativas, que separaban a un grupo humano de otro y les impedían intercambiar ideas, inventos y otros beneficios que, finalmente, podrían haber intensificado su individualidad.

La monarquía sometió a su regla común las diversas pesas y medidas, y hasta los límites territoriales se fueron esfumando, en parte porque la expansión del poder real absorbía cada vez más comunidades en su sistema de cooperación. Bajo una ley común, las conductas se hicieron más ordenadas y predecibles, así como las desviaciones frívolas resultaron menos frecuentes. En gran medida, esta afirmación de todos en la ley y el orden dio las bases para establecer mayor libertad, pues abría la puerta a un mundo en el que cada miembro de la especie humana podía sentirse como en su casa, como lo estuvo antes en su aldea. Hasta donde la monarquía colaboró en tan valiosa universalidad y uniformidad, cada comunidad y cada miembro de ella recibió los correspondientes beneficios.

Con la construcción de la ciudad y de las múltiples instituciones que la formaban, la monarquía alcanzó su culminación como constructora. La mayoría de las actividades constructivas que solemos asociar con la idea de "civilización" se encontraban ya en aquella original explosión de fuerzas técnicas y sociales. Tales obras crearon una confianza bien fundada en el poder humano, muy distinta de las ilusiones e ingenuas decepciones de la magia. Los reyes demostraron cómo podían formarse y crecer esas populosas comunidades en cuanto se organizaban colectivamente en grandes unidades mecánicas. Esto era un logro verdaderamente augusto, y la visión que lo hizo posible puede, honestamente, haber parecido divina. Si no hubiese producido distorsiones en la psiquis humana, sus resultados se habrían propagado beneficiosamente, con el tiempo, a través de todas las actividades de los hombres, elevando y acrecentando sus funciones y propósitos comunes por todo el planeta.

Los grandiosos reyes y héroes culturales que organizaron la megamáquina y cumplieron tales empresas, desde Gilgamés e Imhotep a Sargón y Alejandro Magno, elevaron a sus contemporáneos desde la aceptación pasiva y perezosa de estrechos límites "naturales", hasta colocarlos en el nivel de lo "imposible"; y cuando la gran obra quedaba hecha, lo que había parecido imposible, los humanos lo habían realizado. Hacia el año 3500 antes de Cristo, nada de lo que los hombres podían imaginarse razonablemente, parecía quedar enteramente fuera del alcance del poder real.

Por primera vez en el desarrollo del hombre, la personalidad humana, al menos en unas pocas figuras representativas y que se autoelevaron, trascendió los límites ordinarios del espacio y el tiempo; y el hombre común, por identificación y participación vicaria -como testigo, si no como agente activo-, tuvo exaltado sentido del poderío humano, tal como se expresaba en los mitos de los dioses, en el saber astronómico de los sacerdotes y en las actividades y decisiones, siempre de gran alcance, propias de los reyes. En el transcurso de una sola vida, la mente podía abarcar entonces un estado más alto de creatividad y una conciencia del ser mucho más rica que el estado y conciencia que antes habían sido asequibles a los humanos. Tal fue la parte más significativa de la llamada "revolución urbana", mucho más que la ampliación de las oportunidades comerciales o la marcha de los imperios.

Aunque esta elevación del sentido de las posibilidades humanas era obra de una audaz minoría, no pudo, como el saber astronómico de los sacerdotes, permanecer secreta, ya que trasuntaba cada una de sus actividades civilizadoras, dándoles un aura de beneficiosa racionalidad; la gente ya no vivía meramente al día, sólo guiada por el pasado, al que revivía

en mitos y rituales, y siempre temerosa de cualquier aventura nueva en la que todo se perdería; ahora la arquitectura y la escritura, y por supuesto la ciudad misma, eran estables: autónomas incorporaciones de las nuevas mentes humanas. Aunque en la vida urbana había conflictos y tensiones interiores de los que estaban libres las comunidades más pequeñas, por su propio criterio vital, los desafíos a que llevaba este nuevo modo de vivir abrían a los ciudadanos posibilidades siempre renovadas.

Si se hubiesen apreciado debidamente todas las ventajas emergentes de estas empresas en gran escala, y se hubiesen distribuido con más liberalidad las principales funciones de la vida urbana, podrían haberse corregido a tiempo la mayoría de las primeras fallas de la megamáquina, y haberse aliviado, y aun eliminado, muchas de sus incidentales compulsiones; pero, lamentablemente, los dioses se enloquecieron, y las deidades responsables de estos avances mostraron fallas que anularon los genuinos beneficios conquistados: primero se cebaron en los sacrificios humanos, y después inventaron la guerra como la prueba última de su "poder soberano" y el arte supremo de la "civilización". Mientras que la "máquina de trabajo" colaboraba ampliamente en tan notable brote de "civilización", su contrapartida -la "máquina militar"- se ensayaba en reiterados ciclos de exterminio, destrucción y autoextinción.

LA CARGA DE LA "CIVILIZACIÓN"

La pirámide social

La monarquía procuró deliberadamente, por medio de la megamáquina, poner al alcance de los hombres las facultades y glorias de los Cielos; y tuvo en ello tanto éxito, que los inmensos logros de esta unidad mecánica arquetípica superaron en mucho, por su eficiencia técnica y sus resultados, las contribuciones, importantes, aunque modestas, de las otras máquinas contemporáneas.

Organizado lo mismo para el trabajo que para la guerra, este nuevo mecanismo colectivo imponía a todos la misma clase de regimentación general, sobre todos ejercía los mismos modos de coerción y de castigo, y limitaba estrictamente los premios tangibles, reservándolos para la minoría dominante, que era quien creaba y dirigía la megamáquina. A la par de esto, dichos privilegiados reducían el área de la autonomía comunal, de la iniciativa personal y de la autorregulación, cada componente estandarizado que se encontraba por debajo del nivel de comando, no pasaba de ser parte de un hombre; estaba condenado al trabajo, pero sólo a su función parcializada del trabajo y, por fin, sólo vivía una parte muy restringida de su triste vida. El tardío análisis que hizo Adam Smith de la división del trabajo, explicando los cambios que ocurrieron en el siglo XVIII por culpa del sistema inflexible y deshumanizado entonces imperante, aunque con mayor eficiencia en la productividad, ilumina igualmente aquella prístina "revolución industrial" suscitada por la megamáquina.

Idealmente, el personal de la megamáquina debía ser célibe, despojado totalmente de responsabilidades familiares, de instituciones comunales y de los normales afectos humanos, tal como siguen procurándose, todavía hoy, los ejércitos, los monasterios y las cárceles.

El otro nombre de la división del trabajo, cuando ésta logra el punto ideal de confinamiento solitario del hombre y su absoluta dedicación a una sola tarea durante toda su vida, es el desmembramiento del hombre.

Los modelos impuestos por esta megamáquina centralizada se trasmitían eventualmente a los oficios y ocupaciones de la localidad, precisamente en las tareas más serviles; es que no le queda virtud humana a ningún oficio cuando en hacer una espuela, por ejemplo, intervienen siete especialistas para realizar las siete operaciones que se requieren para completar la elaboración de tan simple herramienta. La sensación de que todo trabajo era degradante para el espíritu humano se extendió subrepticamente desde la megamáquina a todas las ocupaciones manuales. El por qué este complejo técnico "civilizado" debió considerarse como un triunfo omnímodo y por qué la especie humana ha tenido que sufrirlo durante tantos siglos, son dos de los más trágicos acertijos de la historia.

En adelante, la sociedad "civilizada" quedó dividida aproximadamente en dos clases: la mayoría, condenada para siempre al implacable trabajo -a trabajar sin replicar, no sólo para

subvenir a sus necesidades vitales, sino para producir un superávit que cubriera mucho más que lo exigido por su familia o su inmediata comunidad-, y una minoría "noble" que despreciaba toda forma de trabajo manual y dedicaba su vida a elaborar "realizaciones placenteras" (para sí, por supuesto), usando la sardónica caracterización que Thorstein Veblen hace de tales actividades de los "nobles". Parte de ese superávit se destinaba, en justicia, a sostener las obras públicas que beneficiaban a todos los sectores de la comunidad; pero otra parte, mucho mayor, tomaba la forma de despilfarro privado, de lujosos bienes materiales y del ostentoso mantenimiento de innumerables siervos y criados, queridas ocasionales y concubinas fijas. Y en la mayoría de las sociedades, la mayor porción de ese superávit se destinaba a alimentar, armar y hacer operar a la destructora máquina militar.

De este modo, la pirámide social establecida durante la Era de las Pirámides en el Fértil Creciente continuó sirviendo de modelo para todas las sociedades "civilizadas" mucho después de haber pasado la moda de construir tales tumbas geométricas. A su cúspide se aferraba una minoría, henchida de orgullo y poderío, encabezada por el rey y sus ministros, sus nobles, sus jefes militares y sus sacerdotes, todos ellos sostenedores de tan injustos privilegios. La principal obligación social de esta minoría consistía en controlar la megamáquina, tanto en su forma de producir riquezas, como en su otra labor de producir daños, aparte de lo cual, su restante tarea era "dedicarse a consumir". En este respecto, aquellos antiquísimos dirigentes fueron los prototipos de los que hoy dictan el estilo y determinan los gustos usados en nuestra sociedad actual de masas, tan "adelantada" y supermecanizada.

Los registros históricos comenzaron con esta pirámide "civilizada", con su división en clases y su amplísima base de trabajadores aplastados por el peso superior, ya establecido firmemente; y como esta división ha continuado directamente hasta nuestros días -y en países como la India hasta se ha intensificado, agravándose en sus actuales castas hereditarias e inviolables-, a menudo se la ha tomado como si fuera el orden natural de las cosas. Pero debemos preguntarnos cómo ocurrió eso y sobre qué bases putativas de razón o de justicia ha persistido tan prolongadamente, ya que tal desequilibrio de posiciones, aunque en aquellas épocas se infiltrara en la ley y la propiedad, sólo por accidente puede haber coincidido con la natural desigualdad de capacidades, debida a las repetidas mezclas de la herencia biológica de cada generación.

En la discusión entablada entre Leonard Wooley y sus comentaristas soviéticos, en La prehistoria y los comienzos de la civilización, el arqueólogo británico quedó perplejo ante la insistencia de los rusos en corregir su falla, pues no había hecho más que dejar de subrayar una condición tan normal (según su punto de vista), que ni siquiera se había molestado en mencionarla. Tampoco habría que culpar a Breasted por idéntica falta, pues él fechaba los comienzos de la justicia y la sensibilidad moral en el momento en que, por fin, son escuchados por un tribunal los ruegos del campesino elocuente, quien suplica se le libre de los despojos y malos tratos con que lo acosa un avaro terrateniente.

Lamentablemente, Breasted sobreestimó tal mejoría en el ejercicio del derecho y la moral -todo lo cual consideró como "el despertar de la conciencia"-, pues en realidad estaba partiendo de la salvaje explotación del poder tal como la iniciaron aquellos primeros reyes: "Narmer", "Escorpión" y sus sucesores. Al opinar así, estaba olvidando las prácticas amistosas y generosas de los aldeanos neolíticos, entre los que prevalecía la indulgencia y la ayuda mutua, virtudes que se generalizaron entre casi todas las comunidades "precivilizadas". Breasted vio en ese papiro el aumento de sensibilidad ética de las clases dirigentes, que se disponían, por fin, a liberar a los pobres campesinos de las groseras intimidaciones y desmedidas explotaciones que sobre ellos descargaban muy a menudo los que se decían sus superiores; pero nunca se preguntó cómo esas minorías dominantes habían escalado esas posiciones que les permitían ejercer tan arbitrarios poderes.

La crisis de conciencia a que se refiere Breasted habría sido más meritoria si no hubiese sido tan tardía, pues era una reparación demasiado postergada... como la entrega que hizo de sus privilegios la nobleza francesa en vísperas de la Revolución de 1789. Si el "elocuente campesino" obtuvo, finalmente, justicia (como parece indicarse cuando el documento, incompleto, se interrumpe), sólo fue -debemos recordarlo- después que había sido ultrajado, expoliado y aun vapuleado por sus "superiores", para seguir acumulando ellos más placeres y

privilegios. En los sistemas "verticales", característicos de todas las tiranías y las megamáquina, ese hablar elocuente constituía una afrenta inaudita para los dirigentes, y así continúa considerándose dentro de las actuales disciplinas militares. Con su "insolencia oficial", los Estados modernos han conservado para sí las peores mañas egoístas de los primitivos soberanos, así como sus facultades despóticas y abrumadoras.

La suposición en que se basan tales sistemas es que la riqueza, el ocio, las comodidades, la salud y la vida prolongada pertenecen por derecho sólo a la minoría dominante, mientras que a la gran multitud que constituyen todos los demás humanos sólo le corresponde el duro trabajo permanente, la constante privación y negación de beneficios, comida de esclavos y muerte temprana.

En cuanto tal división quedó establecida, ¿hay que maravillarse de que los sueños de las clases trabajadoras fueran, durante todo el curso de la historia (o al menos en aquellos períodos relativamente felices en que los pobres se arriesgaban a contarse cuentos de hadas) tener algunos días de descanso y disfrutar de algunos bienes materiales? Quizá para que tales deseos no estallaran en las lógicas erupciones de la disconformidad, dichos dirigentes establecieron ocasionales fiestas y carnavales; pero se han mantenido vivos, siglo tras siglo, los anhelos populares de lograr una existencia similar a la de las clases dirigentes, aunque sólo fuera como las alhajas de fantasía usadas por los pobres en la Inglaterra de la época victoriana, en las que se copiaban de bronce las joyas de oro que lucían las clases privilegiadas; y esos anhelos siguen siendo un activo ingrediente en la fantasía de tantos desheredados, que los contemplan como si vieran nubes rosadas sobre las modernas megalópolis.

Desde el comienzo, sin duda, el peso de la megamáquina fue la más grave carga de la "civilización", pues no sólo convertía al diario trabajo de los humildes en agravante castigo, sino que menoscababa las recompensas psíquicas que suelen compensar a los cazadores, granjeros y pastores de sus afanes y tareas. Nunca fue esta carga tan pesada como al principio, cuando la gran actividad pública de Egipto estaba dirigida principalmente a sostener las pretensiones faraónicas de divinidad e inmortalidad.

Para dar a todo este tejido de ilusiones cierta apariencia de credibilidad, en el siglo XXIX antes de Cristo, "la tumba del príncipe Nekura, hijo del rey Kefren de la Cuarta Dinastía, recibió como dote la fortuna particular de dicho príncipe, más los impuestos permanentes que abonaban no menos de doce ciudades y que se destinaban exclusivamente al sostenimiento de tal tumba". Análogos impuestos y para tan vacías ostentaciones, siguieron caracterizando la moral de los dirigentes, que obraban como el antiguo Dios Sol, o como el moderno Roi Soleil que construyó el palacio de Versailles. Y no se detuvo aquí, pues este rasgo de las clases "superiores" sigue corroyendo todas las páginas de la historia.

El costo de tales esfuerzos ha sido subrayado por Frankfort: "Egipto quedó exhausto de talentos, porque todos fueron absorbidos por la residencia real. Las tumbas de Qua-el-Kebir -un cementerio del Egipto Medio, usado durante el tercer milenio- son muestra del más raquíptico equipo y de la más pobre artesanía, que allí se empleó precisamente durante el floreciente período del Reino Antiguo, que fue cuando se construyeron las Pirámides". Esto lo aclara todo. Los futuros historiadores de esos "grandes" Estados que ahora gastan sumas asombrosas en hacer cohetes interplanetarios, harán sin duda aclaraciones muy similares... si es que nuestra "civilización" dura lo necesario como para poder contarlos.

Los traumas de la "civilización"

Si bien la "máquina de trabajo" puede ser vista y seguida adecuadamente, a través de la historia, más por sus obras públicas (como carreteras, fortificaciones, etc.), que por las descripciones que hayan quedado de ella, en cambio, poseemos el más exhaustivo conocimiento documental de la megamáquina, por sus masivas y frecuentes aplicaciones negativas en la guerra. Es que todos los modelos de organización del trabajo, antes descritos, repetidos en pelotones, escuadrones, compañías y unidades mayores, se transmitieron de una cultura a otra sin alteración sustancial, excepto en el endurecimiento de su disciplina y en la introducción de sus máquinas de asalto.

Esto nos enfrenta con dos preguntas: 1ª, ¿por qué la megamáquina persistió durante tantos siglos en su forma negativa?, y 2ª (aún más significativa), ¿qué motivos y propósitos se escondían detrás de las ostensibles actividades de la máquina militar? En otras palabras: ¿cómo fue posible que la guerra se convirtiera en parte integral de la "civilización" y fuera exaltada como la suprema manifestación de todo "poder soberano"?

En su original ambiente geográfico, la "máquina de trabajo" casi se explica y justifica por sí misma, pues ¿qué otros medios podían haber empleado las llamadas civilizaciones hidráulicas para regular y aprovechar las inundaciones que les eran tan necesarias para aumentar sus cosechas? Los pequeños esfuerzos que se podrían lograr juntando cooperaciones de diminutas localidades, no habrían podido resolver tan enorme problema. En cambio, la guerra no ofrece justificación alguna, sino que, como institución, no hacía más que trastornar la paciente laboriosidad de la cultura neolítica. Quienes intentan imputar la guerra a la naturaleza biológica del hombre, considerando a ese fenómeno destructivo como una manifestación de la famélica "lucha por la existencia" o como un desahogo de sus instintos animales de agresión, muestran poca perspicacia respecto de las diferencias que hay entre las fantásticas matanzas ocasionadas por la guerra y otras variedades menos organizadas de hostilidad, conflicto y antagonismo potencialmente sanguinarios. La pelea, la rapacidad, y aun el asesinato, para conseguir alimento, son rasgos biológicos, al menos entre los carnívoros; pero la guerra es considerada por algunos como una institución "cultural".

Las principales especies no-humanas que practican la guerra, con ejércitos organizados, que se baten en combates mortales, son ciertas variedades de hormigas. Estos insectos tan sociales inventaron, hace unos sesenta millones de años, todas las instituciones mayores de nuestra "civilización", incluso la del "rey" (que, en su caso, es "reina"), las conquistas militares, la división del trabajo, la separación en castas, la domesticación de otras especies, y hasta los comienzos de la agricultura. Y la principal contribución del hombre "civilizado" a este complejo funcional de las hormigas sólo ha consistido en agregarle el poder estimulante de mil fantasías irracionales.

En las primeras etapas de la cultura neolítica no hay ni insinuaciones de combates armados entre los aldeanos; posiblemente, hasta las macizas murallas que rodeaban a ciudades como Jericó (según sospecha Bachofen y confirma Eliade) cumplían una función mágico-religiosa antes que proporcionar ventajas decididamente militares, pues lo que es conspicuo en las excavaciones neolíticas es la completa ausencia de armas, allí donde no faltan abundantes herramientas y alfarería. Tal evidencia, aunque negativa, es bastante aclaratoria y está muy generalizada. Entre pueblos tan cazadores como los bosquimanos, las más antiguas pinturas rupestres no muestran representaciones de luchas mortales entre hombres, mientras que sus pinturas posteriores sí que lo hacen. Asimismo, aunque la antigua Creta fue colonizada por grupos muy distintos y potencialmente hostiles, Childe subraya que "todos parecían vivir pacíficamente, ya que no se han hallado fortificaciones".

No deben sorprendernos tales datos. La guerra -según observa muy bien Grahame Clark en su *Arqueología y sociedad*- está "directamente limitada por las bases de subsistencia, ya que la conducción de cualquier conflicto prolongado presupone un excedente de bienes de consumo y de energías". Y hasta que la sociedad neolítica no produjo tales excedentes, los cazadores "paleolíticos" se mantuvieron bastante atareados con conseguir su caza de cada día. Tal ejercicio no sostiene a más de cinco o seis personas por kilómetro cuadrado; y entre tan poca gente, la agresión asesina sería difícil, por no decir suicida. Hasta el establecimiento de "exclusividad territorial" entre los diversos grupos de cazadores, aunque probable, no sugiere conflictos sanguinarios, como seguimos viéndolo entre las aves que la practican.

Los exuberantes rendimientos de las cosechas neolíticas en los grandes valles del Fértil Creciente cambiaron este cuadro y alteraron las posibilidades de vida tanto para el granjero como para el cazador, pues multitud de animales peligrosos -como tigres, rinocerontes, caimanes, hipopótamos, etc.-, que infestaban al África y el Asia Menor, llevaron su terror a los campos de cultivo. Estos agresores y otros, como los vacunos salvajes (los uros), antes de que fueran domesticados, atacarían a las personas y los animales domésticos, y a menudo pisotearían y se comerían los sembrados. El valor de enfrentar a tales bichos y la destreza para matarlos correspondieron a los cazadores, no a los atareados hortelanos y granjeros, que,

cuando más, podían pescar con redes o atrapar pájaros. El granjero, pegado a su terrenito, tan difícil de mantener en buen estado, y acostumbrado siempre a las mismas tareas, era la antítesis del cazador, aventurero y errante, y estaba incapacitado para la agresión, si no paralizado, por sus apacibles virtudes. De aquí el escándalo que provocó la indignación de un exponente del antiguo orden social, cuando la Era de las Pirámides terminó violentamente, ante el espectáculo de encontrarse con "los matapájaros" -meros campesinos, ino cazadores!- que se habían convertido en capitanes de tropas.

Estos sedentarios habitantes deben haber prevalecido en Egipto y en Mesopotamia antes que los cazadores aprendieran a explotarlos; el hecho de que las ciudades originales de Sumeria distaran normalmente entre sí menos de doce millas, parece argüir en pro de que se establecieron en un periodo en que todavía tal proximidad no provocaba la invasión de las propiedades ajenas, con los consiguientes conflictos. Es más: esta pasividad, esta mansedumbre y la ya citada falta de armas, facilitaron el que las bandas de cazadores se atrevieran a exigir tributos -lo que hoy se llama "pagar por ser protegido"- a comunidades mucho más numerosas de hortelanos y granjeros. De este modo, paradójicamente, la surgencia de los guerreros precedió a la guerra.

Casi inevitable sería que esta transformación ocurriese simultáneamente en más de un lugar; resulta así indiscutible la evidencia de que surgieran conflictos armados entre dos grupos, independiente y políticamente organizados, que es el criterio de guerra expuesto por Malinowski, para distinguirlo de las meras amenazas y prohibiciones territoriales, como las de los pájaros, o de las expediciones depredadoras, o de las canibalescas cazas de cabezas humanas. Es que la guerra implica no sólo agresión, sino resistencia colectiva armada frente a la agresión; y cuando falta tal resistencia, se puede hablar de conquista, de esclavización y aun de exterminio, pero no de guerra.

Ahora bien, el equipo, la organización y las tácticas de un ejército no se completan de la noche a la mañana, pues debe transcurrir un período de transición antes que una gran masa de hombres esté entrenada para operar bajo un mando unificado. Hasta que las ciudades no se soliviantaron y su población no se concentró suficientemente, el preludio bélico consistió en despliegues de fuerza y belicosidad que culminaban en expediciones depredadoras de maderas, malaquita, oro y esclavos.

Creo que tan radical cambio institucional para terminar en la guerra, no puede ser explicado completamente ni por razones biológicas ni económicas; por debajo de ello late un componente irracional, mucho más significativo, que hay que explorar debidamente. La guerra "civilizada" comienza no por la conversión directa del jefe de los cazadores en el rey que hace la guerra, sino que hay antes el necesario pasaje del cazador de animales al cazador de hombres; y el propósito especial de esta caza -recordemos cautamente las evidencias del remoto pasado- era capturar víctimas para los sacrificios humanos. Son muchos los datos sueltos, ya citados al tratar de la domesticación, que sugieren que los sacrificios humanos precedieron a la guerra entre las tribus o las ciudades. Según esta hipótesis, desde el principio, la guerra fue, probablemente, el subproducto de un ritual religioso cuya vital importancia para la comunidad trascendía en mucho a las ganancias mundanas de territorio, de botín o de esclavos, que es lo que las comunidades posteriores buscarían para explicar sus paranoicas obsesiones y sus espantosos holocaustos colectivos.

Patología de la fuerza

A los psicólogos les resulta sospechosa toda concentración personal de poder como fin en sí, pues declara involuntariamente su intento de ocultar la inferioridad, la impotencia y la preocupación que afligen a quien así acumula poder. Cuando tal tendencia se combina con ambiciones desorbitadas, hostilidad y suspicacias incontroladas y cierta pérdida del sentido de las propias limitaciones subjetivas, todo lo cual produce "ilusiones de grandeza", nos encontramos ante los síntomas de la paranoia: uno de los estados psicológicos más difíciles de exorcizar.

Ahora bien, los primeros hombres "civilizados" tenían razón en espantarse de las fuerzas que ellos mismos, por su serie de éxitos tecnológicos, estaban desatando. En el Cercano Oriente, muchas comunidades se habían librado ya de las restricciones que antes les imponía su

"economía de subsistencia" dentro de su ambiente ya circunscrito y domesticado, y se estaban enfrentando con un mundo que crecía en todas direcciones, ya porque se ensanchaban las áreas de cultivo, ya porque se intensificaba el trueque, mediante barcos de remos y velas (hacia el año 3500), de materias primas procedentes de distintas regiones, lo cual les ponía en frecuente contacto con otros pueblos.

Nuestra propia época sabe cuán difícil es lograr el equilibrio en una "economía de abundancia"; y nuestra tendencia a concentrar responsabilidades por la acción colectiva en un presidente o un dictador es, como Woodrow Wilson lo señaló mucho antes de que los dictadores se pusieran por enésima vez de moda, una de las condiciones -la más fácil, aunque también la más peligrosa- para mantener dicho equilibrio y controlarlo.

Ya he intentado rastrear los efectos de esta situación general en el desarrollo de la monarquía, pero ahora deseo afirmar más específicamente su relación con los crueles rituales de la guerra. A medida que la comunidad se extiende más y se hace más relacionada, su equilibrio interno resulta menos estable y es mucho más amenazadora la posibilidad de daños y penalidades de hombres y pérdidas de vidas. En tales circunstancias, que están más allá del control local, es probable que aparezca la ansiedad neurótica. La identificación mágica del rey "divino" con toda la comunidad no disminuía tales ocasiones de ansiedad, pues a pesar de esas pretensiones regias de divinidad e inmortalidad, los reyes estaban sujetos, como los demás, a los accidentes, las desgracias y la muerte; y si el rey se elevaba por encima de los hombres comunes, su caída podía resultar mucho más aplastante para toda la comunidad.

En épocas muy remotas, antes que se pudiera disponer de documentos escritos, formaban una mezcla indistinguible los sueños y los hechos, los mitos y las alucinaciones, el conocimiento empírico y las adivinaciones supersticiosas, la religión y la ciencia. Si después de un ritual en el que se habían hecho sacrificios humanos, ocurría un afortunado cambio de tiempo, tal casualidad podía dar sanción a ulteriores matanzas propiciatorias en escala aun mayor. Esta es la razón para sospechar -según evidencias muy posteriores recogidas en África y en América por Frazer- por qué el rey mismo, precisamente porque encarnaba a toda la comunidad, fue en algunas ocasiones ofrecido en sacrificio ritual.

Para salvar de tan indigno hado al adorado rector, pudo inducirse temporalmente a un plebeyo a ejercer tal cargo, para convertirse, en el momento oportuno, en la víctima propiciatoria del sacrificio; y cuando tal sacrificio vicario resultó localmente impopular -como se indica claramente en el clásico maya, el Popul Vuh-, se habían de hallar sustitutos en los cautivos de otras comunidades. La transformación de estas expediciones rapaces en guerras en gran escala entre reyes que eran poderes igualmente soberanos y estaban respaldados por los dioses igualmente sedientos de sangre humana, aunque no ha podido ser documentada, es la única conjetura que une a todos los componentes de la guerra y explica en cierto modo la firmeza con que tan feroz institución se ha mantenido durante siglos. Las condiciones que favorecen a la guerra organizada, conducida por una "máquina militar" de gran potencia, capaz de destruir completamente murallas bien macizas, de romper diques y arrasar templos y ciudades, resultaban ampliadas en gran parte por los genuinos triunfos de la "máquina de trabajo". Pero es muy dudoso que tales heroicas obras públicas, que exigían esfuerzos casi sobrehumanos, hayan sido emprendidas con fines meramente mundanos, pues las comunidades nunca se exigen a sí mismas al máximo, y mucho menos cercenan vidas individuales, excepto por lo que consideran ser un gran fin religioso. Sólo la postración ante el *mysterium tremendum*, ante alguna manifestación de la divinidad en su temible poder o luminosa gloria, reclamará tan excesivos esfuerzos colectivos. Esta fuerza mágica prepondera sobre la ficción de las ganancias económicas; y en aquellos casos posteriores en que tales esfuerzos y sacrificios se hacen, al parecer, sólo para conseguir ventajas económicas, hay que observar que este secular propósito se ha convertido por sí mismo en un dios, en un objeto sagrado de codicia, identificado con Mammon, o no.

Como la organización militar necesitaba capturar prisioneros, enseguida tuvo otro deber sagrado que cumplir: el de proteger activamente al rey y a los dioses locales contra las represalias, anticipándose al ataque del enemigo. En este proceso, la extensión del poder militar y político se convirtió muy pronto en fin en sí, como el testimonio último del poder de las divinidades que regían a la comunidad, y para mantener la suprema posición del rey.

Ese ciclo de conquista, venganza y exterminio es la condición crónica de todos los Estados "civilizados" y, como observaba Platón, la guerra es su ser "natural". Aquí, como había de ocurrir a menudo más tarde, la invención de la megamáquina, como el instrumento perfeccionado del poder real, produjo los nuevos propósitos a los que más tarde había de servir; y en este sentido, la invención de la máquina militar hizo a la guerra "necesaria", y aun deseable, así como la invención del avión de chorro ha hecho "necesarias", y aun provechosas, las masas de turistas.

Lo que resulta más notable, en cuanto hay documentos que lo acrediten, es que la extensión de la guerra como brazo permanente de la "civilización" no hizo más que ampliar la ansiedad colectiva que el ritual de los sacrificios humanos había intentado aplacar. Y como la ansiedad comunal aumentó, ya no pudo ser superada por los simbólicos sacrificios de entrañas ante el altar, sino que ese pago como muestra o ejemplo había que reemplazarlo por la entrega colectiva de vidas a escala mucho mayor.

De este modo, la ansiedad invitaba al apaciguamiento de los dioses mediante los sacrificios mágicos, éstos inducían a hacer más expediciones para cazar víctimas humanas, y tales expediciones se convertían en combates armados y en contiendas mutuas entre potencias rivales. Así, fueron arrastrados a estas tremendas ceremonias cada vez más hombres y con armas ya más efectivas, y lo que al principio fue un prelude incidental para un mero sacrificio simbólico, se convirtió ahora en el "sacrificio supremo", cumplido masivamente. Tal aberración ideológica fue la contribución final a la perfección de la megamáquina militar, con lo que la capacidad de hacer guerras y de imponer sacrificios humanos colectivos se ha mantenido como la marca identificadora de todo poder soberano a través de las más lúgubres páginas de la historia.

Cuando los registros escritos hablaron de guerra, aquellos primeros hechos de Egipto y de Mesopotamia ya estaban enterrados y olvidados, si bien no deben haber sido diferentes de los que después hemos conocido entre los mayas y los aztecas. Todavía en tiempos tan tardíos como los de Abraham, la voz de Dios pudo mandar a un padre amoroso que ofreciera a su propio y queridísimo hijo en cruento sacrificio ante el altar; y los sacrificios públicos de prisioneros capturados en la guerra siguieron siendo una de las ceremonias normales en Estados tan "civilizados" como la Roma imperial. Los historiadores modernos, al glosar estas evidencias, muestran cuán necesario ha sido para los hombres "civilizados" reprimir estos malos recuerdos, para poder seguir respetándose a sí mismos como seres racionales: ilusión que salvará sus vidas.

Por tanto, los dos polos opuestos de la "civilización" son el trabajo mecánicamente organizado y la destrucción y el exterminio, también organizados mecánica y sistemáticamente. Casi las mismas fuerzas y los mismos métodos de operar son aplicables a esas dos áreas. Hasta cierto punto, el sistemático trabajo diario ha servido para mantener entrenadas las sobrantes energías que ahora quedaban disponibles para convertir en realidades a los sueños y las locas fantasías; pero ni aun este saludable cambio se ha operado entre las clases dirigentes. Por estar ahítas de ocio, sólo la guerra les da "algo que hacer", ya que, con sus incidentales opresiones, responsabilidades y riesgos mortales, proporciona el equivalente del trabajo honorable. La guerra se ha convertido así, no sólo en "la salud del Estado" (como dijo Nietzsche), sino que también es la forma más barata de creatividad ficticia, pues en pocos días produce resultados bien visibles, que destruyen los esfuerzos de muchas vidas.

Esta inmensa "creatividad negativa" anula constantemente las auténticas ganancias de la máquina. El botín que se recoge en una expedición militar que tenga éxito es, económicamente hablando, una "expropiación total"; pero demuestra ser, como los romanos tardaron en descubrir, un pobre sustituto de los impuestos permanentes que se recaudan anualmente mediante una organización económica bien establecida. Como ocurrió con la rebatiña de oro que los conquistadores españoles hicieron en Perú y en México, tal "dinero fácil" suele minar la economía del vencedor. Cuando tales economías ladronas se generalizan, robándose unas a otras, cierran toda posibilidad a las ganancias correctas, y el resultado económico de todo ello es tan irracional como los propios medios militares.

Como compensación (involuntaria, por cierto) de estas insensatas explosiones de hostilidad y de estos desvíos de los modelos de conducta que sostienen el necesario orden vital, la

megamáquina introdujo un modo más severo de orden interno que cualquiera de los que había logrado antes la comunidad tribal más adicta a las buenas costumbres. Este orden mecánico suplementó a los rituales de los sacrificios, pues el orden, de cualquier clase que sea y por mucha que sea su severidad, reduce la necesidad de elegir, y con ello disminuye la ansiedad. Tal como ha señalado el psiquiatra Kurt Goldstein, "los modelos compulsivos del orden" resultan esenciales, aun cuando la ansiedad haya sido causada por un daño puramente físico del cerebro.

Los rituales de los sacrificios y los rituales de la compulsión se unificaron concordemente en las operaciones de la máquina militar. Si la ansiedad era el motivo original que ocasionaba las respuestas subjetivas de los sacrificios, la guerra, por el solo hecho de ampliar el área de sacrificios, restringía el área en que las elecciones humanas normales, basadas en el respeto de todas las potencias creadoras del organismo, debían actuar; es decir: que el logro central de la megamáquina negativa fue un modelo compulsivo y colectivo de orden. Al propio tiempo, la ganancia en poder, conseguida por la organización de la megamáquina, resultó ampliamente contrarrestada por los marcados síntomas de deterioro que había en las mentes de quienes habitualmente ejercían tal poder, pues no sólo resultaron deshumanizados, sino que, crónicamente, perdían todo sentido de la realidad... como aquel rey sumerio que extendió sus conquistas hasta tan lejos, que cuando retornó a su capital, la encontró en manos de otro enemigo.

Las estelas y monumentos de muchos grandes reyes abundan en insensatos alardes de poder y en vanas amenazas contra quienes se atreven a registrar sus tumbas o borrar sus inscripciones. .. hechos que, sin embargo, ocurrieron repetidas veces. Como Marduk en la versión acadia de la epopeya de la Creación, los reyes de la Edad del Bronce, montados en sus carros bélicos, "irresistibles y terroríficos", eran "peritos en pillajes y diestros en toda clase de destrucciones... siempre recubiertos por la armadura del terror". También ahora estamos bastante familiarizados con similares sentimientos agresivos y dañinos, pues nos los infiltra nuestro Pentágono mediante sus comunicados de prensa en que habla de la guerra nuclear.

Tales repetidas afirmaciones de poder eran, sin duda, esfuerzos para conquistar fácilmente al enemigo por el terror y anticipadamente; pero testimonian asimismo un aumento de irracionalidad, casi proporcional a los instrumentos de destrucción de que se disponía: algo que también estamos viendo en nuestra época. Esta paranoia era tan metódica, que el conquistador, en más de una ocasión, arrasó una ciudad, sólo para reconstruirla de nuevo en el mismo sitio, demostrando así su ambivalente función como destructor y creador, es decir: como demonio y dios alternativamente.

Hace medio siglo, podrían parecer discutibles los datos de tales hechos históricos; pero el gobierno de los Estados Unidos ha seguido precisamente esa misma técnica en la total destrucción de Alemania y su subsiguiente reconstrucción postbélica. . . coronando así una atroz estrategia militar, impuesta a fuerza de miles de bombas de exterminio, con un criterio económico y político, igualmente desmoralizador, que ha devuelto la victoria a los impenitentes partidarios de Hitler.

Esta dualidad y ambivalencia de la megamáquina quedó bien expresada en la afable y escalofriante amenaza con que termina un poema sumerio citado por S. N. Kramer:

*El zapapico y el canasto construyen ciudades
Firmes casas construye el zapapico; pero
La casa que se rebela contra el rey,
La casa que no se somete a su rey,
El zapapico la hace sumisa al gran rey.*

Una vez que se estableció firmemente el culto de la monarquía, las demandas de poder, en vez de disminuir, crecieron, porque las ciudades que hasta entonces habían coexistido pacíficamente, casi tocándose, como ocurría con el original racimo de ciudades de Sumeria, se convirtieron en enemigos potenciales, pues cada una tenía su propio dios belicoso, cada cual su propio rey, y todas, la posibilidad de levantar fuerza armada e inflingir destrucción a su vecina. En estas condiciones, lo que comenzó como una ansiedad neurótica, con exigencias de sacrificios colectivos ceremoniales, se convirtió fácilmente en una ansiedad racional, llena de temores bien fundados, que necesitó tomar medidas del mismo orden...o someterse

abyectamente, como propuso el Consejo de Ancianos de Erech cuando su ciudad fue amenazada.

Nótese lo que se dice como encomio de uno de los primeros exponentes de tales sistemas de fuerza, Sargón de Acadia, en la Crónica de Sargón: "No tuvo rival ni oponente, pues desparramó su aureola de terror por todas las comarcas". Para mantener este peculiar halo de poder, el que -según Oppenheim- procedía sólo de los reyes, "5.400 soldados comían diariamente en su presencia", es decir, dentro de la ciudadela, donde protegían el tesoro y el granero del templo, que eran los instrumentos monopolizadores del control político y económico. El grueso muro que rodeaba a la ciudadela no sólo era una seguridad más para el caso de que se abriera una brecha en las murallas exteriores de la ciudad, sino que era asimismo la salvaguarda contra cualquier rebelión de la población local. La propia existencia de semejante ejército en pie de guerra y su diaria disposición indica dos cosas: la necesidad de tener medios de coerción siempre listos para conservar el orden, y la capacidad de implantar y mantener la más estricta disciplina militar, ya que, de otro modo, el propio ejército habría degenerado en peligrosos motines... como tan a menudo sucedió después en Roma.

El curso del imperio

La solemne asociación de la monarquía con el poder sagrado, los sacrificios humanos y la organización militar, ya hemos dicho que fue consustancial con todo el desarrollo de la "civilización" que se dio entre el año 4000 y el 600 antes de Cristo. Y, bajo diversos disfraces, sigue siéndolo hoy. El "Estado soberano" de nuestro tiempo no es más que la contrapartida abstracta y magnificada de aquellos reyes "divinos", y las instituciones de los sacrificios humanos y la esclavitud las tenemos aún presentes, igualmente ampliadas y quizá más imperiosas en sus demandas. El servicio militar universal (conscripción de tipo faraónico) ha multiplicado enormemente el número de víctimas sacrificiales, mientras que el gobierno constitucional por "consenso popular" ha llegado a hacer más absolutos los poderes del gobernante, ya que no son reconocidas las críticas ni las disensiones.

Con el tiempo, los antiguos incentivos mágicos para la guerra se escondieron bajo disfraces utilitarios, que parecían menos indecorosos. En vez de aumentar el número de víctimas sacrificiales, matando también a las mujeres y los mitos de los pueblos conquistados, se pensó que convenía más a los intereses utilitarios perdonarles la vida y mantenerlos como esclavos, aumentando así los efectivos que cumplirían trabajos forzados y acrecerían la eficiencia económica del conquistador. De este modo, tales productos secundarios del esfuerzo bélico -el botín, los esclavos, la tierra y los impuestos- sustituyeron y ocultaron insidiosamente los motivos irracionales que antes obraban descaradamente. Puesto que la expansión general de la productividad económica y de la riqueza cultural había acompañado a la monarquía y había contrarrestado, aparentemente, sus tendencias destructivas, las gentes se veían condicionadas a aceptar el mal como el único modo de asegurarse lo bueno, pues no había otra alternativa, a menos que la megamáquina se desmoronase.

En vista de las muchas civilizaciones que han ido sucumbiendo, o por desintegración interna, o por asalto del exterior -según lo ha documentado ampliamente Arnold Toynbee-, tenemos que subrayar el hecho de que los elementos malos de esta amalgama cancelan sobradamente sus beneficios y alegrías. Una de las más duraderas contribuciones de la megamáquina fue el mito de la máquina misma: la noción de que tal máquina es, por su propia naturaleza, absolutamente irresistible... con lo que, si nadie se le opone, resultará últimamente beneficiosa para todos. Tal apelación mágica sigue sojuzgando hoy tanto a los dirigentes como a las víctimas de las megamáquinas de nuestro tiempo.

A medida que la máquina militar se hizo más fuerte, resultó menos necesaria la autoridad del templo, y la organización palaciega (que fue haciéndose cada vez más rica y autosuficiente, por tener mayores territorios para expoliar) a menudo dejó en segundo lugar las antiguas prerrogativas de la religión. Oppenheim lo observó así al estudiar el período subsiguiente a la caída de Sumeria; pero tales cambios de poder y de autoridad ocurrieron repetidas veces, pues los sacerdotes se convirtieron frecuentemente en sumisos servidores de la megamáquina, a la que, en su origen, santificaron y ayudaron a establecer.

El propio éxito de la megamáquina reforzó las peligrosas potencialidades que hasta entonces la

habían tenido en jaque, por culpa de la debilidad humana. La enfermedad inherente a todo sistema basado en la fuerza se manifiesta en el hecho de que los reyes, exaltados así sobre todos los demás hombres, resultaban constantemente engañados, adulados y envueltos en informes erróneos. Celosamente protegidos por tales precauciones, nunca aprendieron por sí mismos ni por el estudio de la historia el hecho de que el poder absoluto es enemigo de la vida, que sus métodos son autoderrotistas, que sus victorias militares son efímeras y que sus exaltadas pretensiones son fraudulentas y absurdas.

En Egipto, desde finales de la gran Era de los Constructores, hay evidencias que corroboran esa taladrante irracionalidad, mucho más significativas por proceder de los egipcios, gente ordenada y exorcizada: "El ejército volvió a salvo, tras haber arrasado el país de los Moradores de las Arenas, tras haber destruido todas sus fortificaciones, tras haber cortado sus higueras y sus viñas, tras haber puesto fuego a sus viviendas y haber matado más de diez mil de sus hombres..."

Tal es el resumen del curso de los imperios por doquier: siempre las mismas palabras soberbias, los mismos actos viciosos, los mismos resultados sórdidos y macabros... desde lo que nos cuentan los primeros jeroglíficos egipcios hasta las últimas noticias de los periódicos norteamericanos -llegadas cuando escribo esto- relatando las atrocidades en masa, cometidas a sangre fría, mediante bombas incendiarias llenas de gasolina y diversos venenos exfoliadores, por las fuerzas militares de los Estados Unidos, contra los indefensos campesinos del lejano Vietnam: gente inocente, desarraigada de sus hogares, aterrorizada, envenenada y quemada viva en el más fútil intento de hacer "creíbles" las fantasías de poder que están enloqueciendo a las clases dirigentes norteamericanas, cómplices de la misma confabulación militar, industrial y científica.

Por su propia incitación a destruir y matar, la guerra, con su desastrosa espontaneidad, supera temporalmente las estructuradas limitaciones de la megamáquina; de aquí la sensación de alivio que a veces acompaña al estallido de la guerra, cuando al pueblo se le suprimen las diarias cadenas, para empezar a contar los que pronto han de ser mutilados o muertos. Es que, en la conquista de un país o en la toma de una ciudad, las ordenadas virtudes de la civilización se trastornan y ponen del revés: el respeto por la propiedad privada deja su lugar a la destrucción desenfundada y al robo; la anterior represión sexual se ve sustituida por el estímulo oficial de raptos y violaciones; y el crónico odio que el pueblo siente hacia las clases dirigentes, tiene propicia ocasión para desahogarse mutilando o matando enemigos extranjeros.

En resumen: que en vez de luchar entre sí los opresores y los oprimidos, todos transfieren su agresión a otra meta común: contra otra ciudad rival. Así, cuanto más graves sean las tensiones y más onerosas las represiones diarias de la civilización, más útil será la guerra como válvula de escape. Finalmente, la guerra cumple otra función que es aun más indispensable (si mi hipotética conexión entre la ansiedad, los sacrificios humanos y la guerra resulta defendible): la de proporcionar su propia justificación, al sustituir la ansiedad neurótica por el temor racional que se siente frente al peligro real. En cuanto estalla la guerra, hay sólidas razones para sentir aprensión, dejarse llevar por el terror y entregarse a compensatorios despliegues de valentía.

Evidentemente, el estado crónico de guerra era el altísimo precio que había que pagar por tan cacareados beneficios de la "civilización", pues la mejoría auténtica y permanente sólo podía llegar exorcizando ese mito de la monarquía "divina", desmontando su poderosísima megamáquina y eliminando su despiadada explotación de la fuerza bruta del hombre.

Los pueblos psicológicamente saludables no necesitan entregarse a tales fantasías del "poder absoluto", ni tienen que hacer componendas con la realidad infligiéndose automutilaciones ni cortejando prematuramente a la muerte; pero la debilidad crítica de las estructuras institucionales superreglamentadas -y casi por definición las "civilizaciones" eran, desde sus comienzos, superreglamentadas- se manifiesta en que no producen pueblos psicológicamente saludables. Su rígida división del trabajo y su separación en castas produce caracteres desequilibrados, mientras que la rutina mecánica normaliza, y premia, a esas compulsivas personalidades que tienen miedo de enfrentarse con las embarazosas riquezas de la vida. En una palabra: el obstinado desprecio de los límites orgánicos y de las facultades humanas

socavó esas contribuciones que eran válidas tanto para ordenar los asuntos humanos, como para comprender el lugar del hombre en el cosmos, que habían predicado esas nuevas religiones orientales hacia el Cielo. El dinamismo y expansionismo de las técnicas "civilizadas" pudieron haber servido como contrapesos vitales a las fijaciones y aislamientos de la cultura aldeana, si su propio régimen no hubiera resultado mucho más restrictivo de la vida misma.

Ahora bien, todo sistema basado en la suposición del poder absoluto es muy vulnerable. El hermoso cuento de Hans Christian Andersen acerca de aquel emperador que se instaló en su aeronave para conquistar la Tierra y fue derrotado por un minúsculo mosquito que se le metió en un oído y lo atormentó sin cesar, ejemplariza multitud de otros infortunios. Hasta la puerta más fuerte de la ciudad puede ser abierta por la astucia o la traición, como ocurrió en Troya y en Babilonia; y la mera leyenda de que Quetzalcoatl estaba a punto de regresar, le impidió a Moctezuma tomar medidas efectivas para aplastar al minúsculo ejército de Cortés. Hasta las órdenes regias más severas pueden ser desobedecidas por hombres que se atengan a sus propios sentimientos o que confíen en su propio juicio... como hizo el delicado leñador que desafió secretamente a su rey y conservó la vida de Edipo.

Después del segundo milenio, se hizo cada vez más intermitente el uso de la colosal "máquina de trabajo", la que jamás volvió a alcanzar eficiencia análoga a la mostrada en la construcción de las Grandes Pirámides. La propiedad privada y el empleo privado de mano de obra fue asimilando lentamente las funciones que antes habían sido públicas y oficiales, pues ahora las perspectivas de provecho particular resultaban más efectivas que el miedo a los castigos. Por otra parte, la "máquina militar", aunque alcanzó su cúspide reglamentaria en las famosas "falanges" de Sumeria, logró adelantos tecnológicos mucho más importantes en otros aspectos profesionales; y no es exagerado decir que, hasta el siglo XIII de nuestra era, los inventos mecánicos deben más a la guerra que a las artes de la paz. Esto abarca grandes lapsos de la historia: El carro militar precedió al uso general de carros y carretas para transporte de personas y mercaderías; el petróleo ardiendo se usó para repeler a los enemigos que asediaban las ciudades, mucho antes de ser empleado para calentar calderas o mover máquinas; una especie de chalecos salvavidas, bien inflados, fueron usados por las tropas asirias, para cruzar los ríos, miles de años antes que para hacer salvamentos o ejercicios de natación; también las industrias metalúrgicas se desarrollaron más rápidamente en las aplicaciones militares que en las civiles: la guadaña fue anexada a los carros de combate, para cortar hombres, mucho antes de que existieran las máquinas segadoras; y los conocimientos que Arquímedes tenía de mecánica y de óptica se aplicaron para destruir la flota romana que asediaba a Siracusa, mucho antes de que nadie los empleara en industrias constructivas. Desde el fuego griego a las bombas atómicas y desde las ballestas a los cohetes teledirigidos, la guerra ha sido la fuente primordial de los inventos mecánicos que han requerido aportes metalúrgicos o químicos.

Pero después de evaluar debidamente todos esos inventos y apreciarlos en lo mucho que valen, se ve que ninguno de ellos, ni todos juntos, llegaron a ser una contribución tan grande a la eficiencia técnica y a las operaciones colectivas en gran escala como lo fue la propia megamáquina, pues ésta estableció, tanto en sus formas constructivas como en las destructoras, nuevos modelos de trabajo y un novísimo estilo de realizaciones. Algo de esa disciplina y autosacrificio del ejército se ha mostrado ingrediente necesario para toda gran sociedad que eleve sus miras por encima del horizonte aldeano... como algo de la estricta contabilidad, introducida por los sacerdotes y los funcionarios palaciegos en los asuntos económicos, es esencial para cualquier gran sistema de cooperación práctica y de comercio. Finalmente, hasta estaban implícitas en el modelo abstracto de la megamáquina las modernas máquinas que actúan por sí solas, sin necesitar la supervisión humana permanente, ya que no el control último. Lo que al principio se hacía burdamente y con sustitutos humanos imperfectos, siempre necesariamente en gran escala, preparó el camino para las operaciones mecánicas, que ahora podemos hacer con precisión, directamente y en pequeña escala: una estación automática hidroeléctrica puede transmitir la energía de cien mil caballos. Evidentemente, muchos de los triunfos mecánicos de nuestra época ya estaban latentes en las primeras megamáquinas, y lo que es más: aquellas fantasías ya anticipaban plenamente estos logros actuales. Pero antes que nos enorgullezcamos demasiado por nuestro progreso técnico, recordemos que una sola bomba termonuclear puede matar fácilmente a diez millones de personas, y que las mentes que ahora están a cargo de tales bombas ya se han mostrado tan

abiertas a errores prácticos, a juicios humanamente distorsionados, a fantasías corrompidas y a trastornos psicóticos, como aquellos horribles reyes de la Edad del Bronce.

Reacciones contra la megamáquina

Desde el principio, la balanza del poder mecanizado parece haberse inclinado hacia el lado de la destrucción; lo que más pasó de la megamáquina a las civilizaciones posteriores fue su forma negativa, su máquina militar, ya bien dispuesta en filas y columnas, estandarizada y dividida en partes especializadas. Esto se aplica aun a los detalles de disciplina y organización, como la primera división de sus tareas entre armas de choque y armas de larga distancia: arqueros, tiradores de fuego, lanceros, espadachines, caballería y carros de combate.

"No seas soldado", advierte un escriba egipcio del Nuevo Reinado, pues desde que entres como recluta "recibirás en tu cuerpo quemaduras, golpes brutales sobre los ojos y alguna herida te partirá la cabeza; serás arrojado al suelo y pisoteado; allí te golpearán y te magullarán con mil azotes". Tal era la formación de la soldadesca, y sobre ella se construía aquel "encantador poderío"; como se ve, el proceso destructor comenzaba desde la instrucción de las unidades más elementales. Evidentemente, el "prusianismo" del sargento instructor tiene antiquísima historia.

Nos consolaría creer que el lado constructivo y el destructor de la megamáquina se compensaron mutuamente, y que dejaron algún lugar para que se desarrollaran propósitos humanos más centrales, basados en los progresos que antes se habían hecho en las tareas de domesticación y humanización. En cierto grado, así sucedió realmente, pues grandes territorios de Asia, Europa y América sólo fueron conquistados nominalmente, y algunos ni aun eso. Varios de los pueblos conquistados, aparte de pagar impuestos o tributos, consiguieron aislarse y encerrarse en su vida comunal, exagerando a veces sus provincialismos en tal manera, que volvieron a caer en retrocesos y trivialidades ruinosas.

Pero la gran amenaza a la eficiencia de la megamáquina procedió de adentro: de su propia rigidez, de su brutal represión de toda capacidad individual y de su aguda falta de propósitos racionales. Además del ánimo destructor que caracterizaba a todos los actos de la máquina militar, tenía ésta en sí muchas limitaciones; el solo crecimiento de su poder provocaba en las clases dirigentes el desborde de las más estrepitosas fantasías de sus subconscientes, dejando sueltos los impulsos sádicos que hasta entonces no habían hallado otra salida colectiva; en cambio, la máquina misma dependía, para sus operaciones, de miembros humanos, que eran, en su mayoría, débiles, falibles, estúpidos o testarudos. Por todo ello, tan gran aparato estaba muy expuesto a desintegrarse bajo sus propias tensiones. A tales partes humanas mecanizadas no era posible mantenerlas juntas sin que las sostuviera una profunda fe mágico-religiosa en el sistema mismo, tal como la expresada en el culto de los dioses. Así, bajo la imponente superficie uniforme de la megamáquina, y aunque siempre la sostuvieron pavorosas figuras simbólicas, debe haber habido, desde el principio, numerosas grietas y fallas.

Felizmente, se confirmó así el hecho de que la sociedad humana no podía concordar con la rígida estructura teórica que había erigido el culto de los reyes, pues hay mucho en nuestra vida diaria que escapa a todo control y a toda supervisión efectiva, y, con más razón, a las disciplinas coercitivas. Desde los primeros tiempos de la megamáquina, hay indicaciones de resentimientos, desconfianzas, retiradas y escapes: todo ello bien patente en la clásica historia de la fuga de los judíos y su liberación de la tiranía egipcia. Aun cuando no fuera posible la retirada colectiva total, las prácticas diarias de la granja, del taller, del mercado, así como el aliciente de los lazos de familia y de las lealtades regionales y el culto de los dioses menores de cada localidad, eran factores que tendían a debilitar aquel sistema de control total.

Como ya dije antes, el colapso más grave de la megamáquina parece haber ocurrido en el primer período, cuando la Era de las Pirámides, a juzgar por sus recuerdos mortuorios, estaba en su apogeo. Sólo una sublevación revolucionaria puede explicar el interregno de casi dos siglos que separa al Reinado Antiguo del Reinado Medio; y aunque, finalmente, se restauró el complejo poder arcaico, ya hubo de ser modificado por importantes concesiones, incluso la extensión de la inmortalidad (que antes era derecho exclusivo del faraón o, cuando más, de las clases superiores) a toda la población en general. Aunque no nos haya quedado registro alguno de los reales incidentes que provocaron y produjeron tal derrocamiento del poder

central, tenemos, además del elocuente testimonio del silencio oficial, la ausencia de actividad en las habituales construcciones públicas y una explicación vívida de los cambios que se habían impuesto, y que sólo podían ser consecuencia de una revolución muy violenta, tal como los relata un partidario del antiguo régimen, Ipu-wer. Su lamento es un reflejo de la revolución vista desde el lado no-revolucionario, y resulta tan gráfico, aunque no tan novelado, como el reflejo que el Dr. Zhivago hace de la revolución bolchevique.

La primera revuelta contra el poder establecido puso boca abajo la pirámide de la autoridad, sobre la que se fundaba la megamáquina, pues se obligó a las mujeres de los nobles a hacer de sirvientas y de prostitutas -según confirman los papiros-, y la gente común asumió los cargos oficiales. "Los porteros decían: ¡Vayamos a saquearlo todo...! Cada hombre miraba a su hijo como enemigo... Los nobles se lamentaban, mientras que los humildes se alegraban... El lodo cubría todo el país, y nadie tenía entonces blancas sus vestiduras... Los que construían las pirámides se habían convertido en granjeros... Y la provisión de grano se hacía sobre la base del itoma y daca!" Es obvio que la realidad había roto los imponentes muros teológicos y había derribado la clásica estructura social. Durante algún tiempo, el mito cósmico y el poder centralizado se disolvieron... mientras que los jefes feudales, los grandes terratenientes lejanos, los gobernadores regionales y los Consejos vecinales de las aldeas y las pequeñas ciudades apartadas volvieron a poner en el altar a sus pequeños dioses locales y se hicieron cargo del gobierno. Es difícil que esto hubiese ocurrido si no hubieran resultado ya intolerables las torvas imposiciones de la monarquía, aun contando a su favor con los estupendos logros tecnológicos de la megamáquina.

Lo que, felizmente, probó esta primera revolución es algo que quizá necesitemos recordar todavía hoy: que ni la ingeniería ni las ciencias exactas prevalecen contra la irracionalidad de los sistemas y de quienes los imponen, y, sobre todo, que los errores humanos no son inmortales, y que hasta la más fuerte y eficiente de las megamáquinas puede ser destruida. Tal colapso, en medio de la Era de las Pirámides, prueba que la megamáquina se basaba en creencias humanas que pueden desmoronarse, en decisiones humanas que pueden resultar falibles, y en consentimientos humanos que pueden suspenderse cuando queda desacreditada la magia que los sostenía. Las partes humanas que componían la megamáquina eran, por naturaleza, imperfectas; en consecuencia: no se podía confiar en ellas del todo, y menos mecánicamente. Hasta que pudieran hacerse en cantidad suficiente auténticas máquinas de madera y de metal, que ocuparon el puesto de la mayoría de los componentes humanos, la megamáquina siempre resultó vulnerable.

He citado esta revuelta (de cuyas consecuencias tenemos testimonio, aunque no lo tengamos de su cadena detallada de causas), para que sirva de muestra de las muchas otras sublevaciones y rebeldías que probablemente ocurrieron y que, con todo esmero, fueron borradas de las crónicas oficiales. Por suerte, podemos agregar a tales alternativas, la captura y fuga de los judíos, cuyos trabajos forzados para la megamáquina egipcia quedaron debidamente documentados... como ocurrió también con la sublevación de los esclavos ocurrida en Roma durante el aristocrático gobierno de los Gracos. Es razonable sospechar que hubo muchas otras rebeliones humanas contra los poderosos tiránicos, y que todas fueron reprimidas sin piedad, como ocurrió con la sublevación de Wat Tyler y la de la Comuna de París en 1871.

Pero había muchas otras formas normales de expresión, además de la alienación, la resistencia y las represalias activas; algunas de esas formas eran tan normales, que apenas necesitaban más que el sano ejercicio de las operaciones económicas en pequeña escala y de los intereses seculares. La ciudad misma, aunque al principio fue una enorme empresa sólo asequible a los reyes, no sólo resultó una activa rival de la megamáquina, sino que llegó a ser una alternativa más eficiente y humana que ella, pues tenía mejores medios para organizar las funciones económicas y utilizar todas las capacidades humanas. Es que la gran fuerza económica de la ciudad no se basaba en la mecanización de la producción, sino en su capacidad de reunir la mayor variedad posible de habilidades, aptitudes e intereses; y en vez de allanar y estandarizar las respuestas y las diferencias humanas, para hacer que la megamáquina operase más efectivamente como una unidad homogénea, la ciudad reconocía y magnificaba tales diferencias. Mediante el continuo intercambio y cooperación, los líderes urbanos y los ciudadanos eran capaces de utilizar aun sus conflictos para suscitar insospechadas

potencialidades humanas, las que, en otro ambiente, habrían quedado suprimidas por la regimentación y la conformidad social. La cooperación urbana, basada en el intercambio voluntario, fue, a través de toda la historia, seria rival de la regimentación mecánica, a la que a menudo reemplazó eficazmente.

También es cierto que la ciudad nunca se libró completamente de las compulsiones de la megamáquina: ¿cómo podría hacerlo teniendo en su centro la ciudadela, que era la permanente advertencia de la inevitable presencia del rey y el enlace orgánico del poder sagrado y el poder temporal? Pero la vida de la ciudad favorecía el diálogo humano múltiple e incesante, contra el monólogo del poderío regio, si bien los valiosos atributos que emergían de la vida urbana nunca se incorporaron al pensamiento del rey, quien a menudo los reprimió. Similarmente, la ciudad dio su aliento a pequeños grupos y asociaciones, basándose en la coincidencia de vocaciones y en la vecindad, factores que siempre miró con suspicacia la clásica autoridad soberana constituida. La realidad fue que, al menos en Mesopotamia, si no es que también en Egipto, la ciudad tuvo -según señala Leo Oppenheim- suficiente fuerza y auto-respeto para desafiar a la organización estatal. "Algunas de las más antiguas e importantes ciudades gozaban privilegios y exenciones respecto del rey y de su poder... En principio, los moradores de dichas ciudades 'libres' pretendieron siempre, con más o menos éxito, según la situación política, librarse del servicio obligatorio y gratuito, así como del servicio militar... y aun del pago de impuestos". Para ajustar todo esto a la terminología que he venido usando, diré que estas ciudades antiguas aspiraban a librarse, en gran medida, del poder absorbente de la megamáquina.

Cortapisas contra la megamáquina

Puesto que las transformaciones básicas institucionales que precedieron a la construcción de la megamáquina eran mágicas y religiosas, no debemos sorprendernos de encontrar que la reacción más efectiva contra ella se basara en las mismas fuentes poderosísimas. Dos factores me han sugerido tal reacción: la institución del sábado (en Babilonia), con su propagación a todas las comunidades del mundo civilizado de entonces, y la actividad de las sinagogas. En efecto, la institución del sábado era un modo de quebrar periódica y deliberadamente la actividad de la megamáquina, mediante una pausa que cortaba su poderío. De este modo, una vez por semana, prevalecía esa íntima y pequeña unidad básica que era la familia y que se magnificaba en la sinagoga, reafirmando los componentes humanos esenciales que el poder estatal había pretendido disgregar, y aun anular, tan repetidamente.

A diferencia de los demás días festivos, el sábado se extendió desde Babilonia, por todo el mundo entonces conocido, mediante tres religiones: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Ahora bien, tal institución tenía limitado origen local, y las razones higiénicas expuestas por Karl Sudhoff para justificarla, aunque eran fisiológicamente válidas, no explican suficientemente su persistencia y propagación. Cortar todo un día de la semana de trabajo es un expediente que sólo puede prosperar en áreas en que haya excedentes económicos, más el deseo de librarse de la onerosa compulsión del trabajo permanente y la necesidad de reafirmar los intereses más significativos del hombre; éstos pueden ser -hay que suponerlo- los conducentes a la liberación de un grupo tan oprimido y explotado como era el de los judíos de Babilonia. Sólo el sábado, las clases ínfimas de la comunidad gozaban de una libertad, un descanso y una dignidad que se consideraban como privilegios exclusivos, diarios y vitalicios, de las clases dirigentes.

Y no es que tal desafío, tal cortapisa contra la megamáquina, fuera el resultado de ninguna evaluación ni crítica de aquel sistema de poder, sino que debe haber brotado de fuentes mucho más profundas: quizá en su fondo late la necesidad de controlar la vida interior del hombre mediante rituales bien organizados, como ya lo estaba por el trabajo obligatorio. Es que los judíos, que se aferraron a su sábado y lo propagaron por los demás pueblos, ya eran antiguas víctimas de la megamáquina, sobre todo desde que todo su pueblo cayó, en bloque, en tal cautividad. Durante su obligado exilio en Babilonia supieron combinar el sábado con la institución de la sinagoga, que fue otro subproducto del mismo lamentable episodio.

Esta unidad organizadora estaba libre de las restricciones que ataban a todas las otras religiones a sus respectivos dioses territoriales, a un sacerdocio bastante remoto y a una ciudad-capital, pues la sinagoga, por el contrario, podía ser trasladada a cualquier parte sin

afectar en nada su esencia ni su actividad, ya que el líder de tal comunidad -el rabino- era juez y erudito, más que sacerdote, y no dependía ni del poder real ni del municipal. Como en la comunidad aldeana, la sinagoga era una asociación de Tú-y-Yo a cara descubierta; era el mantenerse unidos, no por la mera proximidad vecinal, sino más bien mediante los rituales practicados en común y la convivencia conjunta de un día por semana dedicado a la observancia religiosa, así como a la instrucción y discusión de toda clase de cuestiones morales y legales. Esta última tarea intelectual, derivada ya del ambiente ciudadano, era lo que le estaba faltando a la antigua cultura aldeana.

Ninguna otra religión anterior al año 600 antes de Cristo combinó esos atributos esenciales, inclusive la transportabilidad en pequeñas unidades y la universalidad, aunque Woolley dice que esos rasgos corresponden a las prácticas religiosas caseras que Abraham pudo haber adquirido en Ur, donde hasta los enterramientos se realizaban en criptas debajo de la morada de cada familia. Por medio de la sinagoga, la comunidad judía recobró la autonomía y capacidad de réplica que la aldea había perdido ante el crecimiento de organizaciones políticas más amplias.

Este hecho explica no sólo la milagrosa supervivencia de los judíos a pesar de interminables siglos de persecución, sino también su expansión mundial, y muestra, aun más significativamente, que esta organización, siempre mantenida en pequeña escala, aunque estaba tan desarmada y abierta a la opresión como la aldea, pudo mantenerse como núcleo activo de cultura intelectual autosostenida durante más de veinticinco siglos después de haberse desintegrado todos los demás modos de organización que sólo se habían basado en la fuerza bruta. Es que la sinagoga tenía una fortaleza interior y unas bases de persistencia de la que carecieron hasta los imperios mejor organizados, con todos sus instrumentos de coerción, temporalmente efectivos y terribles.

A su vez, hay que admitir que esta pequeña unidad comunal judaica tenía serias debilidades. Por un lado, su premisa fundamental -la existencia de un pacto especial establecido entre Jehová y Abraham, por el que los judíos eran declarados como el Pueblo Escogido por Dios- resultaba tan presuntuosa como las pretensiones de divinidad que se atribuían los reyes. Tan infortunado solecismo impidió durante mucho tiempo que el ejemplo de la sinagoga fuera imitado más universalmente, y que sirviera, antes de surgir la herejía del cristianismo, como medio de establecer una comunidad mucho más universal. El exclusivismo judío superó aun al de la tribu o la aldea, pues en éstas solía estimularse el casamiento con gentes de otros grupos. Pero, a pesar de tales debilidades, parece evidente, por el propio antagonismo que despertaron las comunidades judías, que, tanto en la sinagoga como en la práctica estricta del descanso sabatino, hallaron el modo de obstruir las tareas de la megamáquina y desafiar sus infladas pretensiones.

Esta hostilidad que constantemente suscitaron en los grandes Estados tanto los judíos como los primeros cristianos, nos da la medida de la frustración que el mero poder militar y la autoridad política "absoluta" experimentaron al tratar con pequeñas comunidades que se mantenían unidas por una común fe tradicional, ritos inviolables e ideales bien racionales. Es que la fuerza bruta no puede prevalecer mucho tiempo a menos que aquellos a quienes se impone vean en ella alguna razón para respetarla y conformarse. Pequeñas y aparentemente desvalidas organizaciones, dotadas de fuerte coherencia interior y de ideales bien propios, se han mostrado mucho más eficientes para socavar el poder arbitrario, que las más grandes unidades militares... aunque sólo sea por lo difícil que es acosarlas y perseguirlas. Esto explica los esfuerzos de todos los Estados soberanos que brillaron en la historia para restringir, y aun suprimir, dichas organizaciones, ya fueran cultos misteriosos, o sociedades amistosas, o Iglesias, o hermandades, o universidades, o sindicatos. Y tal antagonismo sugiere también el modo en que podrán ser destruidas las futuras megamáquinas, poniéndolas bajo algún tipo de autoridad racional y control democrático.

(*) Texto extraído de la obra de Lewis Mumford, "The Myth of the Machine", 1967. Edición sudamericana: Emecé, Buenos Aires, 1969). Publicado en Barcelona (mayo 2002) entre Ateneo libertario Al Margen, Likiniano Elkartea, Pepitas de Calabaza, Etcétera, Ateneu Llibertari Poble Sec, Fundació Estudis Llibertaris Anarcosindicalistes (Barcelona).